

7907

no 175 y pts 109

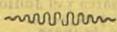
CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL. TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.



EL AMOR Y EL AMOR PROPIO,

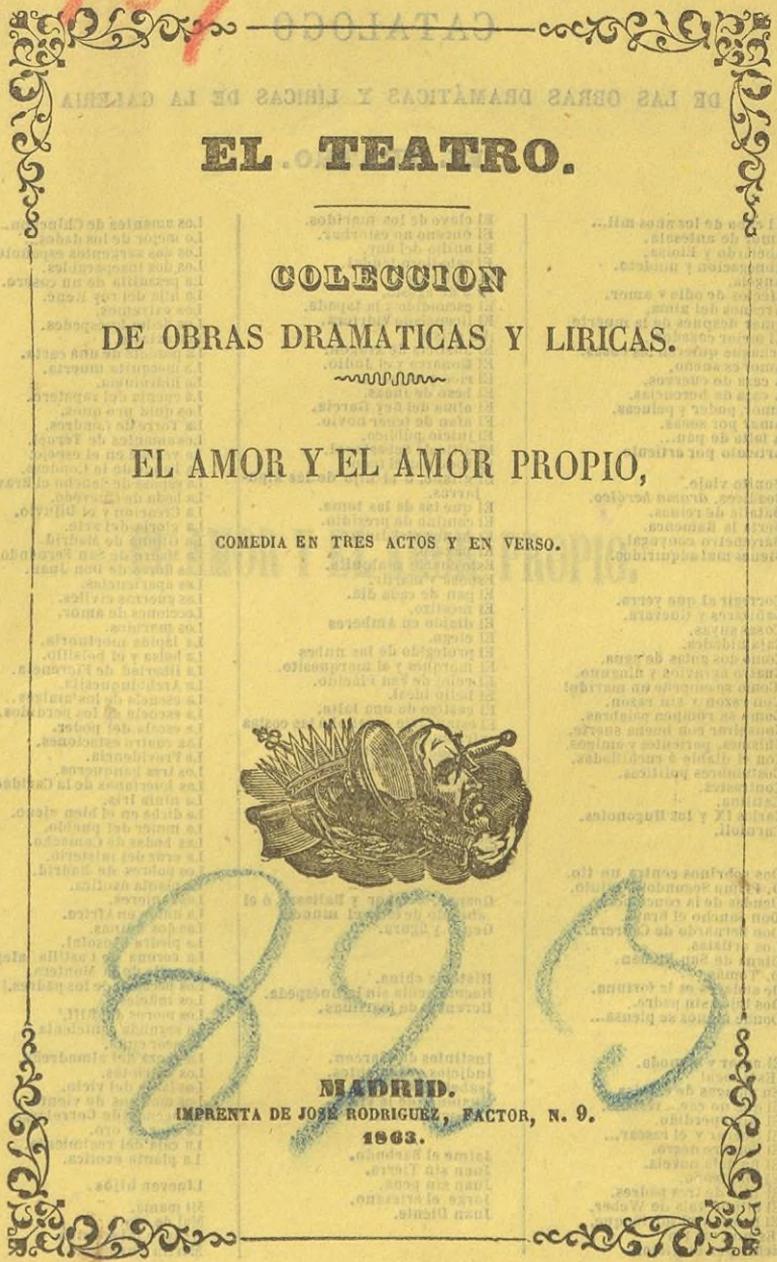
COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.

1863.



CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloísa.
Abnegación y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heroico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empenne un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Blana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cree... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin dela novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
Es una ma lva
Echar por el agua.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marques y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarite español a las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspedea.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcón.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfcciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchón.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La postal de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofolia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las tores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria).
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los Inútiles.
Los amores del Riff.
La segunda centienata.
La peor cuna.
La choca del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exótica.
Llueven hijos.
Mi mamá.
Mal de ojo.
Miso y mis sobrina.
Martín Zurbano.

EL AMOR Y EL AMOR PROPIO.

CATALOGO

DE LOS LIBROS Y REVISTAS QUE SE VENDEN EN LA BIBLIOTECA

DE LA ESCUELA

1. Gramática castellana	2. Historia de España	3. Geografía de España
4. Matemáticas elementales	5. Física elemental	6. Química elemental
7. Historia natural	8. Agricultura	9. Artes y oficios
10. Idioma extranjero	11. Idioma extranjero	12. Idioma extranjero
13. Idioma extranjero	14. Idioma extranjero	15. Idioma extranjero
16. Idioma extranjero	17. Idioma extranjero	18. Idioma extranjero
19. Idioma extranjero	20. Idioma extranjero	21. Idioma extranjero
22. Idioma extranjero	23. Idioma extranjero	24. Idioma extranjero
25. Idioma extranjero	26. Idioma extranjero	27. Idioma extranjero
28. Idioma extranjero	29. Idioma extranjero	30. Idioma extranjero

EL AMOR Y EL AMOR PROPIO.

LV-5

EL AMOR Y EL AMOR PROPIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARIA DE LARREA.

Representada en el teatro del Príncipe la noche del 15 de
Diciembre de 1862.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1863.

PERSONAJES. ACTORES.

LA DUQUESA.....	DOÑA ADELAIDA ALVAREZ.
CECILIA.....	DOÑA ROSA TENORIO.
DOÑA DAMIANA.....	DOÑA N.
ENRIQUE.....	D. MANUEL CATALINA.
EL CONDE.....	D. JUAN CATALINA.
NARCISO.....	D. MARIANO FERNANDEZ.
AMBROSIO.....	D. RAMON GUZMAN.
CABALLEROS 1.º, 2.º y 3.º	

La accion pasa en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lirica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de sobre de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á S. M. LA REINA.

Señora:

En medio del dolor producido en mi alma por la prematura muerte de mi buen esposo, V. M. se ha dignado tender una mano generosa á una familia desolada. No tengo otro medio de manifestar á V. M. la inmensa gratitud de que mi corazón se halla poseído, sino el dedicarle en nombre de mis tiernas hijas esta producción, último fruto de la inteligencia de un escritor modesto, de un esposo honrado y de un excelente padre. Dignese V. M. admitirla como un tributo de nuestro eterno agradecimiento, llevado á los P. P. de V. M. por una pobre madre que pide á Dios conserve la preciosa vida de la mejor de las Reinas, para bien de la monarquía y alivio de la desgracia.

SEÑORA:

Á L. R. P. de V. M.

Paula Oro, ciuda de Larrea.

ACTO PRIMERO.

Sala de una fonda. En el foro la puerta de entrada: á la izquierda del actor, en primer término, el cuarto de Doña Damiana: en segundo el de Enrique: balcon á la derecha. Cuadros, caballetes, etc.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA, ENRIQUE, DOÑA DAMIANA.

Enrique aparece retratando á Cecilia en un lienzo de medio cuerpo; Doña Damiana haciendo labor al otro extremo del teatro.

ENR. Este contorno mas suave,
mas lánguida esta mirada,
la boca no tan cerrada...
¡Oh! déjeme usted que acabe,
no se mueva usted...

CECILIA. ¿Así?

ENR. Mas de frente el rostro bello,
que tenga luz el cabello,
los ojos... fijos en mí.
Ya está. ¡Semejanza fiell!

CECILIA. ¿Soy tan bella?... ¡Adulador!

ENR. Corto se queda el pintor,
que á mas no alcanza el pincel.

DAM. ¿Qué es eso?

- CECILIA. Nada, mamá.
- DAM. Cuidadito.
- ENR. (¡Me encocora!)
Dispéñseme usted, señora:
supuesto que usted me dá
de su hija bella la mano,
no sé qué de extraño advierte...
- DAM. No tiene usted mala suerte
si á otorgársela me allano.
Cierto que rica no soy;
mas de gentes principales
desciendo: en buenos pañales
me criaron...
- ENR. Ya, ya estoy...
- DAM. ¡Y tengo mi ejecutoria
en pergamino, pardiez!
- ENR. (Por la vigésima vez
me vá á relatar su historia.)
- DAM. Y á no faltar mi difunto,
que en esta guerra pasada
murió de una cuchillada,
¡ay! cuando estaban á punto
de nombrarle...
- ENR. ¿General?
- DAM. Teniente de Provinciales.
En el sitio de Ramales
murió. ¡Destino fatal!
¡Que al ir á ascender muriera,
y sirvió treinta años, pienso!
- ENR. Merecido era el ascenso.
(¡Si no muere, hace carrera!)
- DAM. No me quedó viudedad...
- ENR. ¡Ya!
- DAM. Mas quedóme la niña,
y alguna hacienda, una viña,
y, aunque yerma, una heredad.
Mi hermano el beneficiado,
aunque con fortuna escasa,
asílo nos dió en su casa,
donde á Cecilia he criado.
Pero murió hace tres meses,
y fué preciso partir

- decididas á sufrir
de la suerte los reveses.
- ENR. Y ya en Madrid, ¡pobrecillas!
(Con emocion.)
¿qué hacer si aqui son las gentes?...
- DAM. Es que tengo aqui parientes,
(Con altanería.)
¡parientes de campanillas!
Soy sobrina del hermano
del primo de la cuñada
de una dama encopetada
á quien en buscar me afo. Además, de mi marido
hay aqui primos carnales,
magistrados, oficiales...
Y son...
- ENR. Y son...
- DAM. Nunca lo he sabido;
mas yo espero que algun dia...
- ENR. ¿Buscar parientes? ¡Mal año!
Á veces hace un extraño
lo que un pariente no haria.
Sea usted rica y en confusa
tropa vendrán diligentes;
pero pobres, no hay parientes,
los pobres son de la Inclusa.
- DAM. Pues yo aun no desconfio
que me han de reconocer,
y no quiero descender
nunca del decoro mio.
Por eso, aunque tan impia
se muestra mi suerte avara,
en esta fonda tan cara
permanezco todavia.
El pobre caudal que traje
de este gasto se resiente;
mas no es para mí decente
una casa de hospedaje.
- ENR. Y yo bendigo esa estrella,
qu guió á ustedes aqui,
pues á su influjo debí
el ver á Cecilia bella.
Tambien yo á Madrid llegaba,

á Madrid no conocia,
y en esta fonda vivia,
aunque mudarme pensaba:
llegaron ustedes y...
ya en mudarme no pensé,
que ví á Cecilia y la amé.
Y pues de usted coseguí
su mano...

DAM. Cierto... ¡Oh mancilla!

¡Un pintor! Mas yo me estoy
hablando y tengo que ir hoy...
¡Ea! Ponte la mantilla. (Á Cecilia.)

(Mientras doña Damiana saca de su cuarto las mantillas y se pone la suya al espejo, hablan aparte Cecilia y Enrique.)

ENR. ¡Qué dulce será vivir
amándonos de este modo!

CECILIA. Creo en tu amor, y con todo
temo, Enrique, el porvenir.
No sé qué nube sombría
sobre nosotros avanza,
que ya el sol de mi esperanza
no luce como lucía.

ENR. ¡Oh, Cecilia! ¿qué aprension?...!

CECILIA. No sé, explicármelo intento...
Es solo un presentimiento
nacido en mi corazón.

ENR. ¿Y así la atencion te llama
una quimera?

CECILIA. ¡Quién sabe!
¿Nunca has visto, Enrique, el ave
que canta en la verde rama
cuando aun la serenidad
de los cielos nada altera,
tender las alas ligera
huyendo la tempestad?
Brilla el sol con mil reflejos
y un soplo la flor no agita;
pero su instinto la grita
que el huracán no está lejos.
Así en medio de la calma
se suele á veces llorar,

viendo venir el pesar
con el instinto del alma.

DAM. Ea, vamos á salir.
(Que ha concluido de arreglarse.)
Niña, niña.

CECILIA. — Voy, mamá.

DAM. Á ver si razon nos dá
doña Juana.

ENR. (Has de venir
á parar á Leganés.)

¿Volverás pronto? (Á Cecilia en voz baja.)

CECILIA. (Lo mismo.) Al momento.

¡Separarme hoy de tí siento!

DAM. Hasta luego.

ENR. Hasta despues.

ESCENA II.

ENRIQUE, despues AMBROSIO.

ENR. ¡Es un ángel!... Mas la madre
no me considera digno
de su hija... ¡Ya se vé!
no soy noble, no soy rico!
Sus indirectas me hieren
sin cesar... ¡Cruel destino!
¡Que han de valer mas que el hombre
el oro y los pergaminos!
Si oyera lo que me dicta
mi amor propio...

AMB. (Entrando.) Señorito.

ENR. ¿Qué quiere usted?

AMB. Un recado...

¿Qué cabeza de chorlito!

Ya olvidaba... y vá á venir.

ENR. ¿Quién?

AMB. Sabe usted que le he dicho
que la señora Duquesa
de enfrente, de quien yo aspiro
á ser lacayo...

ENR. Ya sé...

AMB. Me llamó ayer y me dijo:

«Ambrosio, ¿quién es un joven que en ese balcon he visto de estas señas?—Yo repuse: señora, es el señorito don Enrique.—Y qué es?—Pintor.—Qué pinta?—Pinturas.—Digo si hace retratos.—Si hace. Pintando está uno magnifico de otra huéspedea.—¿Bonita?—Mejorando... como un lirio.—Pues pinta retratos, dile si quiere pintar el mio.»
Usted me dijo que si.

ENR. Claro es: al arte que sigo solo este recurso ofrece ya la vanidad del siglo; los retratos. ¿Hay ya quidam alto, bajo, grande, chico, que no dé su *coram vobis* al óleo, al daguerreotipo, en fotografia, etcétera? Ser retratista es preciso, que es mal siglo para el arte el siglo en que yo he nacido, y á vivir hoy el Tiziano, no encontrara un Cárlos Quinto.

AMB. Pues, y llevé la respuesta á la Duquesa, y me dijo que hoy vendria á retratarse.

ENR. ¿Hoy?

AMB. Pues.

ENR. ¡Y no me he vestido!

Pobre estudio vá á encontrar.

AMB. ¿Tambien es vanidosillo? No se enfade usted... Le aprecio y... Pero yo no concibo... ¿Qué buscará la señora? Que esté el cuadro parecido con un poco de favor, como es costumbre. El vestido del pintor ni las paredes ¿qué le importan?

- ENR. Es preciso.
- AMB. ¡Vanidad, orgullo, yo
no entiendo de esos estilos,
y no gasto fantasía,
llevando el delantal limpio...
Y aquí donde usted me vé
de esta bataola me río
que todas traen por ser mas
ó parecerlo.
- ENR. Té envidio
si te avienes con tu suerte.
- AMB. Yo siempre estuve avenido.
Quisiera, si, colocarme
de la Duquesa al servicio...
(Suena dentro una campanilla.)
Lllaman... Allá voy... Pues, dále...
Es el del número cinco...
Por esto aborrezco ser
mozo de fonda... ¡Qué oficio!
Diera por ser algo mas...
- ENR. Pues no dices que avenido...
- AMB. ¡Oh! todo estriba en estar
satisfecho de sí mismo.
Voy allá... (Váse corriendo.)

ESCENA III.

ENRIQUE.

- ENR. Tiene razon.
Si vivo de mi trabajo,
si me caso con Cecilia
¿por qué he de ser desgraciado?
Mas yo he venido á la córte
en pos de ensueños que en vano
quiero lanzar de la mente,
donde alegres se anidaron.
Si: la gloria, la fortuna,
las distinciones, el fausto...
Alzar altivo la frente
al par del mas elevado...
¡Locura! Desconocido

aun y pobre me caso:
limitaré mi ambicion
á ser pintor de retratos.
¡Loco pensamiento mio,
¡Levando las alas en vano,
atado estás á tu jaula,
no puedes volar muy alto!
Á ser mas rico volaras,
que, en la edad que atravesamos,
fearo con alas de oro
al sol hubiera llegado.

(Mirando por el balcon, al que se ha proxímado mien-
tras decia los versos anteriores.)

Allí viene la Duquesa:
ya su carruaje ha parado
á mi puerta... ¿Quién será
aquel que la dá la mano?
Coloco aqui el caballete,
paleta y pincel preparo...
Loco pensamiento mio,
deja tus sueños un rato.

ESCENA IV.

La DUQUESA, NARCISO, ENRIQUE.

NARC. ¡Prima, qué rara mania!
¿Pues para hacer tu retrato
no pudieras escoger
un pintor mas afamado?
Es un capricho.

DUQ. Señora... (Saludando.)

ENR. (¡Ufl... Qué aire tan... provinciano!)

NARC. ¿Vá usted, pues, á retratarme? (Á En rique.)

DUQ. Ya sus órdenes aguardo.

ENR. Si; retrátela usted bien,
que como me agrade el cuadro,
tal vez yo... Prima, ¿te gusta
mi pantalon? Este diablo
de sastre... (Mirándose al espejo.)

NARC. Mal me ha peinado
Sisi; á Pelaez me vuelvo.

- Hoy tiene mi traje algo que... (Se arregla al espejo.)
DUQ. ¡Bella fisonomía!
(Mirando el retrato de Cecilia.)
Si el pincel no ha exagerado...
Es un cuadro de capricho?
ENR. No, señora: es un retrato.
DUQ. Como el traje es tan modesto,
y personas de ese estado
no suelen mandarse hacer
retratos de ese tamaño...
¿Alguna pobre muchacha?...
ENR. Pobre... pues...
DUQ. ¿Cuándo empezamos?
ENR. Cuando usted guste. (Poniéndola una silla.)
NARC. ¡Ya di
con ello!... Este pico un canto
de real mas largo que este otro
está... (Á la Duquesa.)
DUQ. ¡Necio!
ENR. ¡Mentecato!
NARC. Voy á mudarme al momento
de camisa: de aquí á un rato
volveré á buscarte.
DUQ. Bien.
NARC. Aunque hoy estoy mal peinado,
(Echando la última ojeada al espejo.)
mozo como yo en Madrid
no le hallarán ni pintado! (Váse.)

ESCENA V.

La DUQUESA, ENRIQUE.

- ENR. Cuando usted quiera...
DUQ. Primero...
Digame usted, ¿he acertado
en elegir este traje?
ENR. Es muy lindo.
DUQ. Le he estrenado
anoche mismo en el *raout*
de la marquesa del Álamo.

Es la mejor reunion
de la córte. ¿Usted no ha estado
nunca?

ENR.
DUQ.

¡No, señora, nunca!

Allí se reune cuanto
hay de selecto en Madrid.
Allí el alto funcionario,
el consejero, el ministro
van á olvidar por un rato
las fatigas que les causan
los deberes de su estado.
Se ven allí generales,
escritores, diputados,
pintores, músicos, nobles,
y de encarecerlo acabo

ENR.

si digo que no hay hermosa
de cuantas son en el Prado
tipo de elegancia y gusto
que allí no ostente su garbo.
¡Oh! ¡qué bello será!... En medio
del ambiente perfumado,
al resplandor de mil luces,
á los ecos del piano,
la amistad será mas dulce,
el amor será mas grato,
y la vida irá risueña

DUQ.

como un soplo resbalando!
Bien esos goces comprende
usted.

ENR.

En deseos ardo
de obtenerlos, sin mirar
que son mis deseos vanos.

¡Soy una planta nacida
en la falda de un peñasco;
jamás un rayo de sol
bañará mi pobre tallo!

DUQ.

¿Por qué no, si el sol extiende
á todas partes sus rayós?

ENR.

¡Cuando el sol llegue á la planta,
tal vez esté ya en su ocaso!

DUQ.

Si es porque se halla escondida,
no ha de faltar una mano

- que de la peña la arranque,
para elevarla tan alto,
que en la luz de la esperanza
bañe su cáliz preciado,
y el aura de la fortuna
meza risueña su tallo.
- ENR. ¿Quién ha de haber que se ocupe...
DUQ. Si el verde lirio del prado
á una mujer agradase...
(Mucho quizá me he explicado.)
Digo esto porque á las flores
las mujeres siempre amaron.
- ENR. (No sé en verdad qué presuma:
al hablarme se ha turbado.)
Señora, perdone usted...
Empecemos el retrato...
Yo soy un loco, y tal vez
con mis necesidades, canso
su atención.
- DUQ. ¡Oh! No por cierto;
me interesa ese entusiasmo.
Usted llegará á ser mucho.
- ENR. ¡Oh! no me atrevo á esperarlo.
DUQ. Tiene usted talento: el genio,
ó mas tarde ó mas temprano,
para subir donde quiere
vence todos los obstáculos.
- ENR. Es áspera la subida,
y el que sube abandonado
á sí propio, á cada instante
vá cayendo y levantando.
- DUQ. Mas se sube fácilmente
si de arriba dan la mano.
- ENR. ¿Quién ha de dármela á mí?
DUQ. Quizá ya se la esten dando.
ENR. No entiendo...
DUQ. ¿No puso usted
en la exposicion un cuadro?
- ENR. Si, señora; original.
Gustó á los aficionados,
y de él en la gacetilla
los periódicos hablaron.

Cifraba en él mi esperanza.
Acudí á esos potentados
que derraman el dinero
y á comprarle se negaron.
Ahora le voy á vender
á un restaurador de cuadros,
que le pondrá en almoneda,
y me pagará en tres plazos
aun menos de lo que en lienzo
y en colores he gastado.
Yo tengo otro comprador.

DUQ.

ENR.

DUQ.

¿Otro?
Si tal. De él hablaron
al conde de Santa Fé,
que es hoy ministro de Estado.
Él, para su galería,
quiere comprarle, premiando
al mismo tiempo al pintor.
¿Y quién al ministro ha hablado?
Yo misma.

ENR.

DUQ.

ENR.

DUQ.

Tanto favor...
Después de hacer mi retrato
hará usted el de otros muchos
personajes elevados,
y será el pintor de moda
de la fortuna mimado.
¿Temerá la planta aun
que el sol no alumbre su tallo?

ENR.

DUQ.

¿Con qué podré yo pagar?...
Con dejar este retrato
(Señalando el de Cecilia.)
y no ocuparse mas de él,
Enrique, que estos trabajos,
aunque agradan á la vista,
ni dan fortuna ni lauros.
No ha de vivir el artista
sino en el arte preclaro.

ENR.

DUQ.

El amor anima el arte.
Pues si ama, ponga mas alto
su pensamiento.

ENR.

(Intencion
tienen sus palabras.)

DUQ. (¡Vamos!...) Enr.
 Ya basta! Porvenir tiene, Conde.
 tiene genio y es bizarro; Enr.
 me deberá su fortuna Conde.
 y será!... será mi esclavo.)
 Para retratarme ya Enr.
 es hoy muy tarde: me marchó. Conde.
 ¿Vá usted esta noche al baile Enr.
 del Teatro Real? Conde.

ENR. Acaso... Conde.
 DUQ. Vaya usté... (Con intencion.) Enr.
 (¡Amor ó capricho, Conde.
 ya estás casi realizado!)
 ENR. (Loco pensamiento mio, Enr.
 ya puedes volar mas alto!) Conde.
 (Ap. mientras acompaña á la Duquesa hasta la Enr.
 puerta.) Conde.

ESCENA VI.

ENRIQUE, despues el CONDE.

ENR. ¿Estoy despierto ó dormido? Enr.
 Ese interés, sus miradas, Conde.
 sus palabras embozadas, Enr.
 que á su pesar la han vendido... Conde.
 Porvenir deslumbrador Enr.
 que soñó mi fantasia, Conde.
 á tí esta mujer me guía... Enr.
 ¿Pero, y Cecilia?... ¿Y mi amor? Conde.
 CONDE. Dice el mozo que no estan, (Entrando.) Enr.
 pero que tardarán poco... Conde.
 ENR. ¿Quién... Pero ó yo me equivoco Enr.
 ó... (Mirando al Conde.) Conde.
 CONDE. ¿Esa cara... Enrique! Enr.
 ENR. ¡Juan! Conde.
 ¿Qué encuentro! Enr.
 CONDE. Si; es muy sencillo... Conde.
 (¡Maldito!) Casualidad... Enr.
 Y es ya antigua la amistad. Conde.
 ENR. Lo creo; yo era un chiquillo; Enr.
 CONDE. Y yo... Conde.

- ENR. Tú ya andabas solo.
- CONDE. Mas calla. (Mirándole.)
¿En qué te devanas los sesos?
- ENR. ¿Y aquellas canas?...
¿Eres rubio como Apolo!
- CONDE. No soy viejo, me parece:
pocos años nos llevamos.
- ENR. ¿Pocos?
- CONDE. Bueno; no riñamos...
Aunque sean doce ó trece...
¿Y treinta y cinco también!
- ENR. Pues, por vida de mi abuela!
si casi iba yo á la escuela
cuando...
- CONDE. Si, recuerdo bien.
- ENR. Cuando á un asunto á mi casa
llegaste...
- CONDE. Y simpatizamos,
y al punto nos tuteamos.
- ENR. Te empeñaste.
- CONDE. Todo pasa
entre chicos.
- ENR. ¡Qué mania!
asi su vejez engaña.)
- CONDE. Mas verte en Madrid me extraña.
- ENR. En mi pueblo me aburría.
La suerte quise probar...
Y tú... ¿Qué tal posición...?
- CONDE. ¡Oh! ¡Yo tuyo un fortunon!
He llegado á titular.
Soy conde.
- ENR. ¡Absorto me dejaste!
Juan Sintejas fué tu nombre...
- CONDE. Por eso soy, no te asombre,
Conde de Casa-Sintejas.
- ENR. Y ¿cómo fué?...
- CONDE. Muy sencillo:
un primo que se murió
y su caudal me dejó.
Me vi rico, ansiaba el brillo,
el fausto y las distinciones,

y, derramando el dinero,
me ennoblecí.

ENR. (¡Majadero!)
¿Á costa de tus doblones?

CONDE. Pues. Tengo mi ejecutoria.

ENR. ¿Ejecutoria? Alto ahí;
á otro con esa, no á mí.
¿Crees que no tengo memoria?
Tu padre Pedro Sintejas
en Arganda fué hortelano,
y Sisebuto tu hermano
era arriero en Canillejas,
tu madre, la tia Liboria,
hija fué de un mesonero.
¿de dónde, dí, trapacero,
te viene la ejecutoria!

CONDE. La compré en una almoneda
con otros muebles usados,
á unos nobles arruinados.
Era el nombre Cereceda;
como á madre por tener
rojos el rostro y cabeza
llamaban la tia Cereza,
dije yo: no hay mas que ver,
de cereza no vá mucho
á Cereceda.

ENR. ¡Hay tal cosa!
¡La analogia es graciosa!

CONDE. Pagué bien el papelucho.

ENR. ¿Pero tienes posesiones
anejas á tu condado?

CONDE. Tengo junto á Valmojado
yermos algunos terrones;
dos casas que por lo viejas
con mi título se avienen,
pues lo mejor que en sí tienen
es estar las dos sin tejas;
y, si no hubiera gorriones,
un campo tengo en simiente,
que es una tierra excelente
para sembrar cañamones.

ENR. ¿Y dinero?

- CONDE. Asi, asi.
Gasté mucho en titular,
quise despues figurar
como hacen todos aqui.
Cien amigos convidaba,
yo pagaba, ellos comian...
Hombre, y todos me querian...
ENR. ¡Ya!
- CONDE. Esto importancia me daba;
mas al cabo me arruiné.
- ENR. Y perdida tu riqueza
¿qué te queda?
- CONDE. La nobleza.
- ENR. ¡Bella posicion á fé!
Hombre, en esa aprension vana
con que tu orgullo encareces,
vive Dios, que te pareces...
CONDE. ¿Á quién?
- ENR. Á doña Damiana.
- CONDE. (La misma por Belcebú.)
¿Una vieja pizpireta?...
- ENR. Los cascos á la gineta
tiene lo mismo que tú.
Soñando todos los dias
con algun pariente dar...
CONDE. ¿Y ha hallado ya...
ENR. ¿Qué ha de hallar!
Pero aun aguarda al Mesías.
- CONDE. (Los datos que he recogido
convienen... Si yo pudiera...)
¿Di, su marido quién era?
- ENR. Un cierto don Juan Pulido,
militar...
- CONDE. ¿Murió?
- ENR. En campaña.
- CONDE. ¿La hija se llama Cecilia?
- ENR. ¿Conoces á esa familia?
- CONDE. La conozco.
- ENR. ¿Si?
- CONDE. ¿Te extrañas?
- ENR. Nada, si...
- DAM. (Dentro.) Alabado sea...

ENR. Mas ya la siento llegar...
CONDE. Di, ¿me quieres presentar?
ENR. ¿No dices...
CONDE. (Feliz idea.
Me fingiré su pariente,
y entonces... entonces ella
me dará á Cecilia bella.)
ENR. (Se me figura que miente.)

ESCENA VII.

DOÑA DAMIANA, CECILIA, DICHS.

DAM. ¡Otra pesquisa infructuosa!
CECILIA. Claro está: si usted se empeña,
mamá, en que han de conocer
todos nuestra parentela.
CONDE. Señoras...
DAM. ¡Tengo un humor!
CONDE. Señoras...
ENR. (Hoy la marea
viene muy alta.)
CONDE. Señoras...

(Desde que han entrado Doña Damiana y Cecilia, el Conde no ha dejado de saludarlas. Doña Damiana, ocupada en quitarse la mantilla, no ha reparado en él: el Conde se aproxima cada vez mas, hasta que al volverse Doña Damiana se tropiezan fuertemente.)

DAM. ¡Ay!
CONDE. ¡Ay!
ENR. (¡Ahora vá á ser ella!)
DAM. ¿Es usted ciego? ¿No vé?
CONDE. Señora, es que...
DAM. ¡Qué torpeza!
CONDE. Saludaba...
DAM. ¡Y de qué modo!
ENR. Pero usted será un cualquiera...
(Voy á reirme.) Es don Juan,
Conde de Casa-Sintejas.
DAM. Un Conde... (Con mas afabilidad.)
CECILIA. (¡Rara figura!) (Se pone á hacer labor.)
CONDE. Conde, por mar y por tierra.
ENR. (Ya le vé con otros ojos.)

- CONDE. Esta señora, es siquiera
doña Damiana Estremoz
Extremada y Extremera,
viuda de don Juan Pulido,
militar muerto en la guerra?
- DAM. La misma. ¿Conoció usted
á mi Juan?
- CONDE. ¡Ah! si supiera...
- DAM. ¿Fué su camarada?
(Con interés siempre creciente.)
- CONDE. ¡Ah! mas.
- DAM. ¿Su amigo?
- CONDE. ¡Ah! por nuestras venas
la misma sangre...
- DAM. ¡Qué escucho! (Con alegría.)
- ¿Era pariente?
- CONDE. ¿Si lo era?
¿Y era sobrino segundo
de una prima de mi abuela!
- DAM. ¡Oh fortuna!
- ENR. (¡Esto es mentiral)
- CONDE. Pulida mi abuela era,
él Pulido, yo Pulido,
y toda nuestra ascendencia
en pulimento tan noble,
sus blasones pulimenta,
que no se pule en el mundo
mas pulida parentela.
- CECILIA. (Pariente debe de ser, (Ap. á Enrique.)
pues con qué objeto fingiera...)
- ENR. (Tramoya es, aunque jurar
(Ap. á Cecilia.)
no puedo que no lo sea.)
- DAM. ¡Qué gozo!
- CONDE. ¿Nunca la habló
á usted de mí?
- DAM. (Como recordando.) No recuerda
la mente...
- CONDE. ¿Olvidió mi ingrato
primo, la primada nuestra?
- DAM. No tal, yo he sido sin duda
la que...

- CONDE. ¡Qué amistad aquella!
Él era Juan, yo era Juan,
los dos Juanes... En la escuela
compartimos como el nombre
los trompis y las palmetas.
Cuando fuimos mayorcitos
yo me embarqué para América,
él obtuvo los cordones
de cadete y fué á la guerra...
¿Qué puesto ocupaba el primo
cuando murió?
- DAM. Una tenencia.
- CONDE. ¿Teniente general?... ¿No?
¿Teniente coronel?
- DAM. Era
teniente capitán solo;
¡graduado!
- CONDE. ¡Injusticia horrenda!
Un valiente militar
muerto con honra en aquella
famosa de Roncesvalles...
- DAM. No, de Ramales...
- CONDE. Pues, esa.
- DAM. ¿Con que es usted mi pariente?
- CONDE. ¡Ah, sí!
- DAM. ¡Pariente! (Abriéndole los brazos.)
- CONDE. ¡Parienta! (Abrazándola.)
- DAM. ¡Primo! (Estrechando mas.)
- CONDE. (¡Ya estás emprimada!)
Y mi sobrinita bella
no me dá los brazos.
- DAM. Niña,
abrázale.
- ENR. ¡Eh! que ya es esa
mucha broma! Ya me falta
para escucharlo paciencia.
- CECILIA. Enrique...
- ENR. ¿Sabe usted acaso
(Á Doña Damiana.)
si es verdad...
- DAM. ¿Por qué no? Venga
usted acá... ¿Es Conde ó no es Conde?

- ENR. Conde de Casa-Sintejas.
DAM. Pues es mi pariente.
ENR. Pero...
DAM. Vé usted como no eran ilusiones mías?
ENR. Mas...
DAM. ¡Vaya usted con Dios!
ENR. ¡Me quema!
DAM. ¡Envidioso! no me arrancan ni á tiros la parentela.
¡Quiere arrancarme á mi primo!
CONDE. Como si un primo pudiera arrancarse como un hongo parásito, ó una seta!
ENR. Es que yo dudo...
DAM. ¡Impostor!
CECILIA. Enrique...
ENR. ¡Dios me contenga!
DAM. ¡Quite usted de mi vista!
¿Por qué se entromete en estas cosas de familia?
CONDE. Pues,
de familia.
ENR. No hay prudencia que baste... ¿Es primo? corriente.
Pues cuélguele en una percha, métale bajo un fanal, guárdele en la faltriquera, que á mí no me importa nada que lo sea ó no lo sea. (Entra en su cuarto.)

ESCENA VIII.

- CECILIA, DOÑA DAMIANA, el CONDE.
DAM. ¡Insolente! ¡Intriganton!
CECILIA. Mamá...
CONDE. ¡Envidia manifiesta!
CECILIA. Por qué tratas así á Enrique?
CONDE. ¿Eh?
DAM. ¡Calle la mocosuela!
CONDE. ¡Y están ustedes aquí

- en esta fonda?
- DAM. ¡Ah! por fuerza.
No he podido poner casa
conforme con mis ideas.
Mi precaria situacion...
- CECILIA. (Pues tiene buen corazon.)
- CONDE. Mi casa... (Si consintiera...)
Eso es, mi casa, al momento
vénganse ustedes á ella:
me sobran habitaciones.
- DAM. Oh, tanto no... Eso ya fuera
abusar...
- CONDE. ¿Entre parientes?
Y yo hablaré con la Reina,
con los ministros, y aun muerto
haré qué á mi primo asciendan
y que la den viudedad.
- DAM. Tantos favores...
- CONDE. ¡Pues ea!
no hay mas que hablar. Esta noche
hemos de dar una vuelta
por el baile del Real.
- CECILIA. ¡Oh! no es posible.
- CONDE. Ingratuela.
Déjese querer.
- DAM. Las dos
le damos...
- CECILIA. Saber quisiera...
- CONDE. Voy á enviar mi carruaje
para que ustedes se vengan.
- DAM. ¡Su carruaje!... ¡Acepto, acepto!
- CECILIA. Pero mamá...
- DAM. Estoy resuelta.
- CONDE. Voy por él.
- DAM. Yo á disponerlo
todo. ¡Pariente! (Abrazándole.)
- CONDE. ¡Parienta!
(Vánse Doña Damiana por la puerta de su cuarto y el
Conde por la del foro.)

ESCENA IX.

ENRIQUE, CECILIA.

ENR. ¿Se marchó ya?

CECILIA. Se marchó.

ENR. Me fui porque ya la ira...

CECILIA. Mas sabes tú si es mentira lo del parentesco?

ENR. No.

Si que es un trapisondista, ennoblecido de ayer: nada le llego á creer porque... se pierde de vista.

Quizá á lo lejos se enlace con la tuya su ascendencia; mas por eso, en mi presencia he de sufrir que te abrace?

Pruebe antes el parentesco, pues mala espina me dá...

CECILIA. Y has enfadado á mamá...

ENR. ¡Tiene un genio tan sardesco!

CECILIA. Enrique...

ENR. Á mí no me traga.

CECILIA. No creas...

ENR. No he de creer...

CECILIA. Fuiste tambien á poner el dedo en la misma llaga...

ENR. Que me callara querias oyendo tales quimeras?

CECILIA. Enrique, si me quisi eras su carácter sufririas.

Hoy circunstancia tan rara cambia quizá nuestra suerte, pero será trance fuerte si de tu amor me separa.

En nuestra mútua pasion.

Dios nuestras almas aduna,

tu cariño es mi fortuna,

mi esperanza y mi ambicion!

Quizá ese Conde es parente...

- casa y bienes ofreció:
todo mamá lo aceptó.
- ENR. ¿Pues qué? ¿acaso no consiente
ya en nuestra próxima union?
- CECILIA. Alegre está con extremo:
nada ha dicho; pero temo
que cambie.
- ENR. ¡Tienes razon! (Reflexionando.)
Pobre ayer y sin ventura
á despecho consentia;
hoy que su suerte varia,
consentirá?... ¡Qué locura!
- CECILIA. ¡Ya que ibamos á casarnos!
- ENR. Cuando mi cuadro vendiera...
- CECILIA. ¿Y qué haremos? ¡Suerte fiera!
- ENR. ¿Qué hemos de hacer? Conformarnos.
¡Triste es la separacion!
- CECILIA. ¡Oh! ¡muy triste! No; mi llanto
la ablandará... Me ama tanto...
- ENR. No abrigues esa ilusion.
¡Y aunque al fin se conformara
y á despecho consintiera,
nunca una ocasion perdiera
de arrojármelo á la cara!
- CECILIA. ¿Y no habrá esperanza alguna?
- ENR. ¿Crees que valor no me sobre?
¿Me desdenea por ser pobre?
¡Yo labraré mi fortuna!
Y si labrarla consigo
vendré contento y ufano,
y en vez de implorar tu mano
cual la limosna el mendigo,
en triunfo te sacaré,
y del mundo en la presencia
de esplendor y de opulencia
altivo te cercaré!
- CECILIA. ¿Y crees tú que ese esplendor
satisfaga al alma mia?
¿Antes, di, no acabaria
con mi vida mi dolor?
¡Oh! tan cruel pensamiento
el alma me martiriza,

¡Mira como se realiza
mi triste presentimiento!
¡No te aparte en su rigor
de mí la suerte importuna:
la dicha no es la fortuna,
que la dicha es el amor!
Bienes del mundo avariento
se ven con desprecio y calma
cuando el corazón y el alma
son ricos de sentimiento!

ENR. Si, mi bien, tienes razon: (Como vido.)
nunca nos separaremos.

CECILIA. ¡Oh! ¡qué felices seremos!

ENR. (Has vencido, corazón.)

(Le besa la mano al mismo tiempo que Doña Damiana
aparece por la puerta de su cuarto.)

ESCENA X.

DOÑA DAMIANA, DICHOS.

DAM. ¿Qué libertades son esas?

ENR. Estando tan cerca ya
el día feliz que debe
unirnos ante el altar,
me parece...

DAM. ¿Cerca? ¿Cómo?

ha podido usted olvidar...

Mi posición ha cambiado:

tengo parientes acá,

y seré dentro de poco

una dama principal.

ENR. Señora...

CECILIA. Sufre por mí. (Bajo á él.)

DAM. Pronto mi hija brillará
en las altas sociedades,
y no la quiero casar

menos de con algun título,

ó ministro ó general.

ENR. Señora...

CECILIA. Mamá, yo le amo.

DAM. ¡Tontería!... ¡Amar, amar!

- Créeme á mí, para casarse
no es el amor esencial:
hasta el día de casarme
no conocí yo á mi Juan.
- ENR. Si usted no le conoció
y se casó nada mas
que porque dijeron: «cásate,»
cometió una atrocidad,
y no es razon que su hija
la haya en eso de imitar.
¿No vé usted que nos queremos?
- DAM. Pues no cedo. Hay tema igual!
Quiere usted quitar á mi hija
el casamiento que hará?
¿Pudiendo ser señoría
con un nadie ha de casar?
- ENR. ¡Vive Dios!
- CECILIA. Yo la suplico...
- ENR. No supliques, basta ya.
Dice bien esta señora,
no te debes rebajar
hasta casarte conmigo.
¡Un nadie! ¿Acaso creerá
(Á Doña Damiana.)
usted que yo á su hija quiero
hacer infeliz? Jamás.
Ahora, aunque usted me la diera
no la habia de tomar.
- CECILIA. ¡Enrique, ya no me quieres!
No te dejes arrastrar
de tu amor propio ofendido;
consulta á tu amor no mas:
no te ciegues porque veas
ajada tu vanidad.
- ENR. Si por pobre y por oscuro
hoy me pueden despreciar,
mañana de mi fortuna
mas claro el sol brillará.
- DAM. ¡Tambien brillará la mia!
Mi primo siento llegar...
- CECILIA. Mamá... Enrique..
- DAM. ¡Nunca!

Leanea (Luce et Barie) de
El Amor y el
Amor propio
en un día en tres actos
en verso.

el autor: J. Rodriguez
1863

8^o m n p 11^o

Liv-5

ENR. ¡Nunca!
CECILIA. ¡Llorad, mis ojos, llorad!

ESCENA XI.

EL CONDE, AMBROSIO, DICHOS.

CONDE. Aquí estoy.
AMB. Para el señor (Con una carta.)
don Enrique.

ENR. Venga acá.

CONDE. Abajo espera mi coche. (A Doña Damiana.)

DAM. Vamos, Cecilia.

ENR. A llamar (Después de leer.)
me envía el ministro... ¡Bien!

AMB. Esperando á usted está
mi señora la Duquesa,
que le quiere acompañar
al ministerio.

CECILIA. ¿Qué dice?

ENR. Echada la suerte está.

CONDE. Al coche...

DAM. Vamos al punto...

AMB. ¿Qué es esto? Todos se van...

CECILIA. ¡Enrique!

ENR. ¡Cecilia, adios! (Marchándose)

CECILIA. ¡Van mi desgracia á labrar!

(Llevada por Doña Damiana.)

¡Todo, todo es obra tuya,
miserable vanidad!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon de descanso en el teatro Real, Puerta al fondo y laterales. Se oye la música del salon de baile. Parejas y grupos de máscaras atraviesan á cada instante la escena.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE.

Ya estoy en la confusion

que soñaba mi deseo,

y, sin embargo, en mi alma

el mismo vacío encuentro.

Este confuso tropel

gusta en el primer momento;

mas si me paro á observarlo,

¿qué es lo que en el baile veo?

Mil feas haciendo el coco

y oyendo de cuatro necios

lo que en su vida podrán

oir á rostro descubierto.

Mil calaveras sin suerte

que, echando atrás el sombrero,

van haciendo mil simplezas

porque reparen en ellos....

Y bailar como energúmenos,

y empujarse sin concierto,

sudar la gota tan gorda,
poner el grito en el cielo...
—¡Hacer lo mismo procuro
y divertirme no puedo!
Y no es, por Dios, mi humor triste,
ni atrabiliario mi genio.
¿Acaso es que me lo impide
de mi Cecilia el recuerdo?
¿Ó es que tarda la Duquesa...
¡Á mi mismo no me entiendo!
Por mi amor propio ofendido
ahogué mi amor verdadero:
si mi presuncion halago
acaso mi dicha pierdo!
(Se sienta á un lado del teatro.)

ESCENA II.

NARCISO, CABALLEROS, ENRIQUE.

- NARC. ¡Delicioso!
ENR. (¡Calaveras!)
CAB. 1.º El marido puso un gesto
cuando vió que á su mujer
tratabas tan sin respeto...
CAB. 2.º Yo no me paro en pelillos.
Hago siempre lo que quiero;
hablo recio, pronto y mal,
y no guardo miramientos
con nadie.
ENR. (Este piensa ser
calavera y es grosero.)
CAB. 1.º Yo he hecho tres conquistas.
NARC. ¡Bravo!
CAB. 1.º Tres: la del dominó negro,
la del capuchon azul,
y la aldeana!
ENR. (Polluelo!
con el cascaron á cuestras
empieza con galanteos...
¡Presume asi ser mas hombre!)
CAB. 3.º Pues yo mejor me entretengo

- en el ambigú. ¡Qué rom!...
Seis ó siete copas llevo.
Tente... (vacilando.)
- NARC. Ya se te conoce.
- CAB. 3.º Chicos, ¿sabeis que está esto
bien iluminado? Mas
de quinientas luces veo...
- TODOS. ¡Já, já!
- ENR. (¡Que un hombre haga el oso
y se divierta con eso!)
- NARC. Pues yo me encuentro esta noche
disgustado, descontento...
- CAB. 2.º ¿Qué te pasa?
- NARC. Que al entrar
me tropezó un majadero
y me deshizo esta guia
del bigote... Por mas que he hecho
no la he podido poner
como antes y estaré feo,
horrible...
- ENR. (Dijo la zorra
al busto despues de olerlo...
¿Y estos son los calaveras?
calaverones tremendos!)
(Doña Damiana, Cecilia y el Conde atraviesan el tea-
tro con direccion al salon de baile.)
- CAB. 1.º ¡Linda muchacha!
- ENR. (¡Cecilia!)
- NARC. Antes la he visto y confieso
que me gusta de manera
que me hará perder el seso...
No digais á la Duquesa...
Al salon vá; á ver si puedo
bailar con ella...
- CAB. 1.º Ya tocan...
Me espera el dominó negro...
- CAB. 2.º Voy á ver si armo camorra
con un prójimo á quien tengo
entre ojos...
- CAB. 3.º Andad con Dios,
que yo al ambigú me vuelvo.
- ENR. (Id con Dios, plaga del siglo,

que en pueriles devaneos
sois por haceros notables
calaveras majaderos!)

(Narciso y los Caballeros se van por distintos lados.)

ESCENA III.

La DUQUESA, ENRIQUE.

DUQ.

(Él es.)

(Tráe sobre el traje un rico capuchon y la careta puesta.)

ENR.

De Cecilia en pos (Sin verla.)

se fué el otro y no me agrada...

Á mí, qué me importa?... Nada...

¡Mas la quisel ¡vive Dios!

Tal vez el cielo me avisa

de que debo á ella volver...

¿Qué vacilo?... Esto ha de ser...

(Vá á salir y la Duquesa le detiene.)

DUQ.

¿Adónde vas tan de prisa?

ENR.

¡Déjame, máscara, en paz!

DUQ.

¿Pues dónde vas tan corriendo?

ENR.

Mi esperanza voy siguiendo.

DUQ.

¿Tu esperanza es tan fugaz

que así en pos has de correr?

ENR.

Á ella el corazon me lanza

DUQ.

Bien veo que tu esperanza

tendrá forma de mujer.

ENR.

¿Y quién eres tú, que así

te cruzas en mi camino?

DUQ.

Soy la voz de tu destino

que ha de detenerte aquí.

ENR.

(Ese acento...)

DUQ.

¿Va el doncel

no abriga noble ambicion?

ENR.

Temo hollar mi corazon

si me sirve de escabel.

¡Hasta las etéreas salas

quisiera el vuelo lanzar;

mas se quiebran al volar

mis ilusiones las alas!

DUQ. Esta alegre confusion, ¿por qué me ves?
dime, ¿caso no te es grata?
¿En ella no se dilata
tu oprimido corazon?
La radiante claridad,
el fausto de estos placeres,
el lujo de esas mujeres,
no halagan tu vanidad?
Enrique, ya eres otro hombre:
ahora empiezas á vivir:
ahora que oirás repetir
de boca en boca tu nombre,
Tu alma con esto se engríe,
que sed de gloria rebosa:
tal vez una dama hermosa
halagüeña te sonríe...
¿Huyes del amor tambien,
ó es tanta tu veleidad...?

ENR. Si es amor ó si es piedad,
¿caso lo sé yo bien?
Tras mil quimeras me arroja
mi frenética ambicion;
pero toco á mi ilusion
y mi ilusion se deshoja.
Que con la gloria se engríe
mi amor propio? Si; es verdad;
pero otra felicidad
mas tranquila me sonríe.
¿Por qué perder la oportuna
dicha que puedo gozar?
Porque te viene á brindar
con su favor la fortuna?
¿No te quejabas?... (Ella es.)

ENR. Pero, máscara, repara
que no te he visto la cara,
y no acierto qué interés...
¿Mi rostro, qué importa aquí?

DUQ. Piensa tú que soy ahora
algun hada bienhechora
que se interesa por tí.
Quizá en el porvenir leo,

y con luz radiante y bella
brillar, Enrique, tu estrella
en el horizonte veo.

Si altivo quieres seguir
sin recuerdos ni temores,

la suave senda de flores
que guía á tu porvenir,

será, Enrique, tan brillante
el que para tí se aduna,

que el carro de la fortuna
podrás pisar arrogante.

Mas si cobarde ó cansado
oprimes tus ilusiones

en los pobres eslabones
que las ligan al pasado,

¿de quién te podrás quejar
cuando, mañana, sin tino

te lamentos del destino,
que no supiste evitar?

Ahora ya puedes correr,
pues tu corazón te lanza

en pos de aquella esperanza...
ENR. (¡Me fascina esta mujer!)

¡Oh! te puedes descubrir,
y si eres la que imagino...
DUQ. Soy la voz de tu destino

que te ha venido á advertir.
No has de ver mi rostro ahora;

mas si de verle te cuidas,
y mis palabras no olvidas,
vuelve aquí dentro de una hora.

Y en tanto, si has de venir,
corre, Enrique, á hacer pedazos
todos los antiguos lazos
que matan tu porvenir.

ENR. Aunque casi adiviné
quién es la adivinadora
la dejo y...
DUQ. Dentro de una hora...
ENR. Aquí vendré.
DUQ. Aquí estaré. (Váse Enrique.)

ESCENA IV.

La DUQUESA, despues CECILIA.

Vé y rompe los lazos
que ayer estrechabas:
conmigo tu loca
vanidad te enlaza.
En vano tu antigua
pasion te arrastraba;
ya, atado á mi carro,
mi triunfo engalanas.

CECILIA.

(Entrando.)
Aquí, hace un momento,
cruzando esta sala,
á Enrique mis ojos
á ver alcanzaran...
En él pude apenas
fijar la mirada;
mas no se equivocan
los ojos del alma.
(¿Qué veo? ¿No es ella?)
Ya aquí no se halla...
(Gentil es la niña....) (Observándola.)
¿Quién será esta máscara?
¿Por qué tan inquieta? (Á Cecilia.)
¿Qué buscas?

DUQ.

CECILIA.

DUQ.

CECILIA.

DUQ.

CECILIA.

DUQ.

CECILIA.

DUQ.

CECILIA.

DUQ.

(Me extraña...)
¿Nada me respondes?
(¡Su acento me espanta!)
¿Quieres, pues que es uso
la broma en las máscaras,
que yo te adivine
lo que tú me callas?
Tú buscas á un hombre
que Enrique se llama.
¡Enrique! ¿Tú sabes?...
Y sé que le amas,
y dulces proyectos
en su amor fundabas,
que Huyeron cual hoja

que viento arrebatada.
CECILIA. ¿Qué dices?
DUQ. Que al hombre,
si talento alcanza,
no le satisface
ventura ignorada.
¿Puedes tú ofrecerle
lo que ahora le falta,
posicion, fortuna,
hombres y fama?
CECILIA. Yo puedo ofrecerle
de amor rica un alma
que encierra tesoros
para él de esperanza:
corazon sencillo
donde despertaran
el primer ensueño
de amor sus palabras.
Yo puedo ofrecerle
la dicha que se halla
del hogar doméstico
á la sombra grata,
ventura tranquila,
cual tranquila plácida,
que el mundo desprecia,
porque no la alcanza.
Los bienes del mundo
con negra falacia
nos dan desengaños,
nos roban la calma,
Salud y alegría,
fortuna... mediana,
conciencia tranquila,
honradez sin mancha,
el dulce cariño
de prenda adorada
que pára solicita
penas y esperanzas;
esta, esta es la dicha,
si á Enrique le basta,
con ella le brinda
mi amante constancia!

Duq. Niña, que aun conservas
ilusiones tantas, con esto
los sueños que abrigas Mis
me mueven á lástima. Si
De cándidas flores Ahí
circundas el alma, de
porque aun la experiencia
no llegó á agostarlas; sin
La dicha que pintas baila
á Enrique no basta; con
sus ojos han puesto
la mira mas alta. ESC
De su amor huyendo
á otra quizás ama; crec
si él te olvida ingrato
olvidale ingrata. OM
Despierta del sueño que
que ayer te arrullabas Bar
¿Primer desengaño? Mis
Dolerte há en el alma (Al
Mas tú eres hermosa en
podrás la revanicha. Y
tomar en los hombres cu
Sin cuidado baila; (Yo
bailando, las penas Como
son menos amargas; Con
cien adoradores (Mas
vendrán á endulzarlas. V

CECHILA. Mas dime quién eres, (N
mujer ó fantasma, yo
que asi te apareces (Yo
á robar mi calma. Cec
¿Qué objeto te guia? E
¿Qué interés te arrastra? E
¿Á Enrique conoces? Cec
¿Acaso le amas? (Q

Duq. Soy quien el destino Por
quiso que cruzara Lue
entre tí y Enrique Cec
poniendo una valla. A
Penetrar no intentes por
arcanos del alma; cu

cuanto dije es cierto:
con esto te basta.
CECILIA. Mas dijiste que era...
DUQ. Si, bromas de máscara...
Adios, que la broma
vá siendo ya larga.
Toma mi consejo;
sin cuidado baila:
bailando, las penas
son menos amargas. (Váse.)

ESCENA V.

CECILLA, despues ENRIQUE.

CECILIA. ¡Oh! ¿Quién es esta mujer
que tan sin piedad me ha herido?
¿Burlarse de mí ha querido?
Mas Enrique... Ahora he de ver...
ENR. (Al fin le hallé.) Te he buscado
en vano por el salon.
CECILIA. ¡Y yo á tí... Mi corazon
cuánto el verte ha deseado!
ENR. (Yo no sé cómo la diga...)
CECILIA. (¡Cómo saber si era cierto...
Con él á fingir no acierto!)
ENR. (Mas la Duquesa me obliga...
Vá en ello mi porvenir.)
CECILIA. (Nada le debo ocultar:
yo se lo voy á contar.)
ENR. (Yo se lo voy á decir.)
Cecilia...
CECILIA. Enrique... (Al mismo tiempo.)
ENR. ¿Qué?
CECILIA. ¿Qué?
ENR. ¿Qué es lo que decirme quieres?
CECILIA. No: me parece que tú eres...
ENR. Luego... Empieza...
CECILIA. Empezaré.
Aqui te buscaba yo,
porque aqui al pasar te ví,
cuando acercándose á mí

- una máscara me habló.
- ENR. ¿Quién era?
- CECILIA. El rostro cubierto
con la careta tenía,
rico capuchon vestía...
- ENR. (La Duquesa era de cierto.)
¿Y qué te dijo?
- CECILIA. Me habló
de tí con acento extraño...
¡Cada frase un desengaño!
¡El alma me atravesó!
Haciéndote, Enrique, agravios,
supuso que no me amabas;
que quizá ingrato olvidabas
cuanto juraron tus labios.
¡Dijo que á la vanidad
tan solo culto rendías,
y la sacrificarías
mi cariño sin piedad!
¡Porque anhela tu ambición
hombres, gloria y fortuna,
y yo solo te ofrezco una
profunda, inmensa pasión!
Dijo... Mas si lo recuerdo
con el dolor moriré...
¡Lo que me dijo, no sé!
¡El juicio al pensarlo pierdo!
No imites tú su crueldad:
dime que quiso burlarme,
y... si llegaste á olvidarme...
no me digas la verdad.
(Llora... no tengo valor...)
- ENR. Broma, Cecilia, sería...
- CECILIA. ¡Oh! ¿no es verdad que mentía?
Porque es mútuo nuestro amor,
¿no es cierto?
- ENR. ¿Acaso en contrario
pruebas de mi parte tienes?
Mientras que tú al baile vienes
con el primo estrafalario.
- CECILIA. Solo la obediencia pudo
traerme: de él no me fio,

y en desengañar confío
á mamá.

ENR.

Yo tambien dudo...

el tal Conde era un pelgarro...
Casi otra vez se arruinó
y, sea pariente ó no,
poco os puede aprovechar.
Mas al creer tu posición

CECILIA.

otra, aun tu pecho me amaba?
Á raudales te lloraba
perdido mi corazón!
Si cambiara cual la suerte
al capricho del destino,
¡fuera mi amor bien mezquino!
¡Oh! no, Enrique mio, advierte
que, sin que nada la asombre,
si una vez llega á querer
es mas ciega la mujer

ENR.

No; que tu amor me interesa
y no he de olvidarte yo.

CECILIA.

Dios nuestras almas formó
en una misma turquesa!
Por muchos que el mundo aduné,
¿qué bienes te puede dar
que se puedan comparar
con el amor que nos une?

ENR.

¡Oh! si, si, tienes razon:
solo en tí mi dicha existe!
Solo por tí estaba triste

mi oprimido corazón!
Flor es la amor primero
que en la juventud lozana
en el alma brota ufána;
y aun que luego el tiempo fiero
con errores ó deslices
su tallo logre secar,
nunca consigue arrancar
del corazón sus raíces!

ESCENA VI.

La DUQUESA, NARCISO, CABALLEROS, ENRIQUE, CECILIA.

La Duquesa aparece por el foro, sin careta. Narciso y demás caballeros la rodean haciéndola la corte. Estarán colocados de tal modo Enrique y Cecilia, que esta no vea á la Duquesa hasta que se acerca á ellos cuando indican los versos.

(Mas la Duquesa... Á fé mia
que adoradores sin cuento
lleva... No sé por qué siento...)

CECILIA. ¿Me eres fiel?

ENR. Si... (¡Qué porfia!)

DUQ. ¡Jál... ¡jál...

ENR. (En su intento prosiguen...)

DUQ. (Enrique con otra allí...)

NARC. Primita...

CECILIA. ¿No me oyes?

ENR. Si... (Distráido.)

DUQ. Para que mas no me hostiguen
la careta me pondré. (Lo hace.)

NARC. No lo permito...

ENR. (¡Habrà necio!)

DUQ. (¡Que ese hombre me haga un desprecio!)

CECILIA. ¿Qué tienes? (Á Enrique.)

ENR. ¿Yo? Nada: es que...

(Y soy con Cecilia ingrato
solo porque una coqueta...)

(Sigue hablando con Cecilia.)

NARC. Que se quite la careta.

CABS. ¡Si, si, si!

(Van bajando mas cerca del proscenio.)

DUQ. (¡La del retrato!) (Viendo á Cecilia.)

NARC. Pues que cada cual desea

le elija por caballero,

yo contentarlos espero

si me escuchan.

CABS. Bueno... Sea...

NARC. Ese tulipan hermoso
que alegre ostenta en su mano

- su rico matiz lozano,
se le ha de dar al dichoso.
Y conformes los demas
con su decision, sin pena
quedarán.
- CABS. ¡Enhorabuena!
- NARC. (Tú el elegido serás, Narciso.)
- DUQ. Me ha parecido bien el medio.
- NARC. ¡Ea! Atencion...
- ENR. Si; tuyo es mi corazon... (Á Cecilia.)
(¿Cuál de ellos será elegido?)
- DUQ. En fila los pretendientes...
Uno, dos, tres, cuatro, cinco...
¿No hay mas?...
- NARC. No. Vá á dar un brinco el pintor... (Ap. á los otros.)
- CABS. ¡Já! ¡já!
- ENR. (¡Insolente!)
- DUQ. ¿Y tú, dime, no deseas (Acercándose á Enrique siempre con la careta.)
el tulipan obtener?
- CECILIA. Esta es aquella mujer...
- DUQ. Es un falso; no le creas. (Á Cecilia.)
- CECILIA. ¿No lo oyes? (Á Enrique.)
- ENR. Si: es una broma:
no hagas caso.
- DUQ. (En voz baja á Enrique.) ¿Se le doy
á mi primo?
- CECILIA. Yo me voy: (Á Enrique.)
sígueme.
- DUQ. ¿Le quieres? Toma. (Lo mismo.)
- ENR. (¡Qué hacer!)
- CECILIA. ¿Es que no me quieres?
- ENR. Si; voy contigo.
- DUQ. Narciso...
- ENR. No... (Ap. deteniéndola.)
- DUQ. Se halla en buen compromiso
un hombre entre dos mujeres.
- CECILIA. Si me amas, Enrique, ven.
- ENR. (Y se han de quedar riendo...)

- Mas Cecilia está sufriendo...)
(Haciendo ademan de seguirla.)
DUQ. (Veremos quién vence á quién.
(Sin mirar á Enrique.)
Ea, señores, aquí
como prenda de favor
mi mano entrega esta flor...
ENR. (No resisto...)
NARC. y CABS. ¿Á quién?
ENR. ¿Á mí?
(Dejando á Cecilia y arrobatando la flor de la mano
de la Duquesa.)
CECILIA. ¡Qué es esto!
NARC. ¡No hay que jugar!
CABS. ¡No vale!...
DUQ. Nadie resista;
que al fin, aunque él la conquista,
yo se la deajo tomar.
El brazo... Vuelvo al salon.
¡Gané! (Tomando el brazo de Enrique.)
ENR. ¡Ya quedan vencidos! (Llevándose la.)
NARC. ¡Hemos quedado lucidos! (Á los otros.)
CECILIA. ¡Sufre y llora, corazon!
(Cayendo en una silla. Los Caballeros se alejan por
distintos lados.)

ESCENA VII.

CECILIA, NARCISO.

- CECILIA. ¡Dios mio! ¡Se vá con otra!
me deja aquí... ¡No me ama!
NARC. ¡Hacerme á mí tal desaire
mi prima... mas no me extraña:
como vé que tengo estrella
donde quiera con las damas,
y que al presentarme yo
se desviven las muchachas,
tiene celos, ¡pobrecilla!
y en despique... Mas se engaña:
si cree... La he de dar mas celos...
Vuelvo el salon.—Pero, calla...
Esta es la niña bonita

- que antes aquí... Algo la pasa;
pero en cuanto yo la diga
dos frases almibaradas,
y así, como quien no mira,
le dirija un ojeada,
trueca el llanto en risa... apuesto.
- CECILIA. (¡Posible es que me engañara!)
- NARC. Mira que tus lindos ojos,
(Acercándose á Cecilia.)
niña, con el llanto, empañas.
- CECILIA. Qué importa, cuando el pesar (Si no mirarle.)
cubre de tristeza el alma
- NARC. ¿Tristeza? ¡Ah! si; ya comprendo:
aquel ingrato te causa
tal pesar? . . . ¡Dále al olvido!...
Mira la mejor estampa
de los pollos de Madrid
que constante te idolatra
hace diez minutos. Vamos
al salón; conmigo baila:
no hay pena que resista á unas
habaneras bien bailadas.
- CECILIA. ¡No tiene usted corazón!
No me vé usted anegada
en llanto, y que cuando lloro
mi dolor ó mi desgracia
es un miserable el hombre
que no respeta las lágrimas!
- NARC. (¡Sentimental es la chica!)
Y á mí me llegan al alma
tus penas; pero yo te amo
y un clavo otro clavo saca.
- CECILIA. Déjeme usted...
- NARC. ¿Pero no oyes
que te amo?
- CECILIA. Lo estimo: gracias. (Con desden.)
- NARC. ¡Cómo!... ¡Es la primera vez
que al decir yo que la amaba
á una mujer no encontré
en ella acogida grata!
- CECILIA. Pues en mí no la ha de hallar.
- NARC. ¿Ni siquiera una esperanza?

CECILIA. Ninguna.
NARC. Pues ¡vive Dios!
que esto en mi tierra se llama...
CECILIA. Llámelo usted como quiera.
NARC. ¡Pues se llama calabazas!

ESCENA VIII.

EL CONDE, DOÑA DAMIANA, DICHOS.

CONDE. Aquí está Cecilia bella.
DAM. ¿Mas qué tienes? ¿Estás mala?
CECILIA. El calor...
CONDE. Entren ustedes
al ambigú y allí...
CECILIA. Gracias,
ya estoy mejor...
DAM. Si; entraremos.
CECILIA. Yo no quiero tomar nada.
DAM. Yo lo tomaré por tí.
NARC. (¡Me ha dejado hecho una estátua!
¡Que de este modo una tonta
me haya dado calabazas!
Yo me vengaré.)
DAM. (Dirigiéndose al ambigú.) Ven...
CECILIA. ¡Vamos!
(Siguiéndola distraida.)
CONDE. Si; entremos...
NARC. Una palabra... (Deteniéndole.)

ESCENA IX.

NARCISO, el CONDE.

¿Usted conoce á esa niña?
CONDE. Un poco.
NARC. ¿Es parienta, ahijada,
pupila...
CONDE. No.
NARC. ¡Ya adivino!
¿Es acaso amor?
CONDE. ¡Phs! (Nada
pierdo con decir que si.)

- NARC. ¿Con que amor, eh? ¡Buena alhaja!
Es usted un calavera.
- CONDE. Como usted.
- NARC. Lo mismo. (Gana
me dá de reir... ¡Que piense
valer lo que yo!)
- CONDE. (¡Se iguala
á mí!... ¡Mequetrefe!)
- NARC. Es linda.
- CONDE. ¡Phs! tal cual: es agraciada.
- NARC. Tenemos un mismo gusto.
- CONDE. ¡Qué! ¿Tambien á usted le agrada?
- NARC. Me agradó.)
- CONDE. ¡Cómo!
- NARC. Es ya vieja
la historia.
- CONDE. Si esa muchacha
es casi recién venida
á Madrid: dos meses...
- NARC. ¡Vaya!
y en dos meses... Ya la niña
compuesta y almibarada,
que cambia modestamente
dos amores por semana,
es un prodigio: conozco
mas de diez y muy honradas,
que citan á un novio en misa;
á otro en paseo; á otro en cada
tertulia á que asisten; y
cuando no salen de casa,
amen de cuatro que oscan
por la calle las ventanas,
hablan á dos por la noche
y á otros dos por la mañana.
- CONDE. ¿Pero, en fin, usted la habló?
- NARC. ¡Toma!
- CONDE. ¿Le hacia á usted cara
ella?
- NARC. ¡Ah!
- CONDE. ¿Le dijo que si?
- NARC. ¡Oh!
- CONDE. (¡Y conmigo está uraña!)

- Y usted la dejó...
- NARC. Cansado...
- ¿Qué quiere usted? Todo cansa.
- CONDE. ¡Vive Dios! ¡Y quiere hacerse conmigo la mojigata!
- NARC. (Hago como mis amigos: si una chica nos desaira, se habla mal de ella en despique de la vanidad ajada.)
Supongo que amará usted con buena suerte...
- CONDE. En mi casa vive conmigo.
- NARC. (¡Esto mas!)
- CONDE. (No he de ser menos.)
- NARC. (¡Y acaba de desairarme aquí mismo! Los daré una cerradura.)
- CONDE. Diga usted...
- NARC. Vi, hablé, vencí.
- CONDE. Detalles...
- DAM. Primo...
- CONDE. Me llaman...
- NARC. ¿Primo? ¡Lindo parentesco!
¿Hace usted el primo?
- CONDE. ¡Cáscaras!
y es verdad... la vieja allí engulle, y á mí me llama para que pague... ¡Canario!
- NARC. No me costó á mí tan cara. (Riendo.)
- DAM. Primo...
- CONDE. ¡Demonio! Ya voy...
(Disimulemos; cachaza.
¡Yo cogeré á la inocente cordera y la hablaré al alma.
(Entra en el ambigú.)
- NARC. ¡Soberbio! Van á reñir...
Yo corro... ¡Habrà broma larga!
(Váse por el foro.)
- :

ESCENA X.

LA DUQUESA, ENRIQUE.

- ENR. (¡Que á Cecilia deje así!)
DUQ. Descansaremos un rato.
Cuánto siento que por mí
abandonara usted aquí
á la niña del retrato!⁷
Y lo siento, porque fuera
fácil que alguno creyera
que me causaba recelos...
¡Pobre chica!
- ENR. (¡Me exaspera!)
Ya sé que no la dí celos...
Pero de aquí se concluye
que usted á mi afecto ingrata
de su pecho los excluye.
- DUQ. Yo siempre al que de mí huye
le hago la puente de plata.
- ENR. Usted elegirme quiso...
DUQ. Usted se tomó la flor,
que si no tal vez Narciso...
- ENR. Mil gracias por el aviso,
porque al buen entendedor...
(Cuando Cecilia me adora
sufro yo de esta un desaire...)
Á los pies de usted, señora.
- DUQ. ¿Se vá usted? Fié en el aire,
y el aire se cambia ahora.
- ENR. Ahora me quiere acusar...
DUQ. Yo le detengo á usted acaso?
Vaya usted...
- ENR. ¿La he de dejar
sola aquí?
- DUQ. Me ha de faltar
quien...
- ENR. (De despecho me abraso...)
EUQ. Marciso vendrá sumiso...
Él si que es galante, atento,
servicial...

- ENR. (Con ironía.) ¡Un don Preciso!
¡Es Narciso mucho cuento!
¡Es mucho cuento Narciso!
¡Bella estampa! ¡Digo, hola!
Y su gallardía es tal,
que si dá una vuelta sola...
le falta solo la cola
para ser un pavo real.
- DUQ. ¡Caballero! (¡Me venció!)
ENR. Doy á usted mi enhorabuena,
y si usted le prefirió
yo me retiro sin pena,
que... no valgo tanto yo.
Y me marcho, porque fuera
fácil que alguno creyera
que me causaba recelos...
¡Pobre chico!
- DUQ. (¡Me exaspera!)
ENR. ¡Qué diantre! No me dá celos.
DUQ. Ordinaria inclinacion (Con altivez.)
en el hombre siempre fué
faltar á su obligacion,
y en subiendo, con el pié
rechazar el escalon.
Tanta altivez no tenia
cuando, al hacer mi retrato,
ni aun á soñar se atrevia
el nombre que yo en un día
le he dado.
- ENR. (Soy un ingrato.)
Es verdad.
- DUQ. Vaya usted, pues.
Yo me encontré en su camino;
suya la culpa no es
si yo con loco interés
quise cambiar su destino.
Ayer usted, en su dolor,
de compararse halló modo
á una flor, veo en rigor
que quiere usted que la flor
vuelva á caer en el lodo.
- ENR. Eso no; que el alma mía

- aun cuenta con energia
para seguir avanzando...
- DUQ. El que en sí no mas confia
vá cayendo y levantando.
Dí la mano...
- ENR. Á quien la besa, (Lo hace.)
¡Ingrato, no!... Mientras viva
no olvidaré...
- DUQ. No me pesa.
- ENR. Soy altivo...
- DUQ. Soy altiva...
¡Olvido y paz...
- ENR. Si, Duquesa.
(¡De Cecilia voy á huir!...
¡De mí mismo soy verdugo!
me ciego...)
- DUQ. (¡Me haces reir!
¡No has de poder sacudir
por mas que quieras mi yugo.)
Nos sentaremos aqui...
- ENR. Duquesa, yo...
(Se sientan retirados á un lado del salon, y siguen
hablando ap.)

ESCENA XI.

CECILIA, DOÑA DAMIANA, el CONDE, DICHS.

- CONDE. En conclusion,
(Bajo á Cecilia, con quien sale del ambigú seguido de
Doña Damiana.)
¿desdeña usted mi pasion?
¿No me dice usted que si?
- CECILIA. ¡Con indignacion rechazo
hasta su amistad tambien!
(Separándose de él.)
- DAM. ¡Hemos cenado muy bien!
- CONDE. (¡Á mi costa!)
- DAM. Primo, el brazo.
- CONDE. (¡Diablo! el parentesco arrimo,
que basta ya de primada.)
Está usted muy engañada:
¡no hay tal primo, no hay tal primo!

- DAM. ¿Cómo?...
CECILIA. ¿No entiende? ¡Caramba!
Pues no hablo en algarabía.
Que es usted parienta mía
lo mismo que del rey Wamba.
DAM. ¡Cielos! ¿No es usted Pulido?
CONDE. No, señora; sin pulir
estoy. No quiero servir
de juguete. ¿Está entendido?
DAM. Pero mi Juan...
CONDE. ¡Voto á sanes!
DAM. ¿Usted no le conoció?
Era Juan...
CONDE. Si, como yo:
lleno está el mundo de Juanes;
mas no quiero ser Juan Lanás.
Todo es mentira; ¡clarito!
que guardar no necesito
consideraciones vanas.
Quiero á su hija, esta es la historia:
si usted no lo lleva á mal,
emprimaremos, cabal,
y aquí paz y despues gloria.
DAM. ¡Qué escucho!
CONDE. Si ella á mi amor...
CECILIA. ¡Basta! Al hablar asi á bulto
(Con dignidad.)
nos hace usted un insulto,
ultraja usted nuestro honor!
Que yo le desprecio crea,
y váyase avergonzado
por habernos engañado
de una manera tan fea.
No fué mucho sin temor
creerle por nuestro mal:
no vive mas el leal
que lo que quiere el traidor!
Somos pobres... ¡ya se vé!
y causa al mundo extrañeza
la virtud con la pobreza.
¡Muchos piensan como usted!
Todo se suele comprar

en este siglo de oro;
mas la virtud es tesoro
que nadie puede pagar.
¡Ay de aquella que cayó
en lazos que el amor tiende;
mas la mujer que se vende
no tiene disculpa, no!
ENR. ¡Bien por Dios!
(Que desde el sitio en que se halla sentado con la
Duquesa ha oído lo que dice Cecilia.)
DUQ. ¡Ella! ¡Otra vez
se me escapa!
DAM. Caballero, (Al Conde.)
que se vaya usted espero.
CONDE. ¡Canario con la honradez!
Dan á las cosas un viso
esos modos arrogantes...
¿No tiene usted mas amantes?
¿no conoce usted á Narciso?
ENR. (Qué, ¿será cierto?)
DAM. ¿Hay valor
para...
CECILIA. De mentir acaba
usted: solo le faltaba
ser tambien calumniador.

ESCENA XII.

NARCISO, CABALLEROS, todos con dominó y caretá. DICHOS.

NARC. Allí estan.
CAB. 1.º Pues empecemos.
NARC. Á mí me conocerá.
CAB. 2.º Háblale tú. Voy allá.
NARC. No olvidéis...
CAB. 3.º No: ya sabemos...
CAB. 2.º Aqui está tu parentela,
primo.
(Llegándose al Conde y abrazándole.)
CAB. 1.º ¡Primo! (Lo mismo.)
CAB. 3.º ¡Primo mio! (Lo mismo.)

- CONDE. ¡Señores!
NARC. (Yo ahora me río.)
CAB. 1.º ¡Nuestra prima! (Á Cecilia.)
CAB. 3.º ¡Nuestra abuela!
(Á Doña Damiana.)
NARC. Todos son nuestros parientes.
CAB. 2.º ¡Todos!
NARC. ¡Viva el primo!
TODOS. ¡Viva!
CAB. 2.º ¡Arriba con él! (Cogiéndole.)
TODOS. ¡Arriba!
(Levantándole en alto.)
CONDE. ¿Qué broma es está? ¡Insolentes!
CAB. 2.º ¿Se incomoda?
CAB. 3.º No hay por qué.
NARC. Y se casa... (Á los otros.)
CONDE. ¡Vive Dios!
CAB. 1.º ¿Con cuál de ellas?
NARC. Con las dos.
ENR. ¡Oh! yo las defenderé...
(Haciendo ademán de acercarse al grupo.)
NARC. Insisto sobre este artículo...
DUQ. ¿Defenderlas? ¡Que me place!
(Deteniendo á Enrique.)
Mas mire usted lo que hace,
que estan puestas en ridiculo.
De todos será irrision
si causa usted alguna alarma,
y el ridiculo es un arma
que mata sin compasion.
ENR. ¡El ridiculo!... (Deteniéndose.)
DUQ. (Venci.)
NARC. y CABS. (Que continúan en corro, como teniendo en medio á Cecilia y á Doña Damiana.)
¡Que hable la abuela, que hable!
ENR. (Huyo. ¡Soy un miserable!)
DUQ. Enrique, vamos de aqui.
(Levándole hácia el foro.)
CECILIA. Señores, por Dios...
CONDE. Yo espero...
CAB. 2.º Abuela, no hay nada oculto.
DAM. No puedo mas. Yo me insulto...

CECILIA. ¡Por Dios! (Llorando.)

DAM.

¡Ay... ay! ¡yo me muero!

(Doña Damiana se desmaya sobre una silla en el momento en que Narciso y los máscaras bromean con mayor algazara. Cecilia se abraza á ella llorando. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

— 60 —

ACTO TERCERO.

Un salon elegantemente amueblado en casa de la Duquesa. Á la izquierda del actor la puerta de un gabinete. En el foro la puerta de entrada, que por la derecha conduce al exterior y por la izquierda á las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

La DUQUESA, AMBROSIÓ.

- AMB. Señora mia, ya está obedecida vucencia.
- DUQ. ¿Hiciste bien el encargo?
- AMB. ¡Pues no! Crucé á la otra acera, y como en la fonda fui camarero, antes que en esta casa tuviera el honor de vestirme su librea, entré allí muy fácilmente. Y eso que la gente aquella tiene tal envidia al verme con el fraque, con las medias y el calzon corto, que yo ni saludarlos debiera; pero no soy vanidoso, y, aun yendo en la carretela, los saludo desde toda

la altura de la trasera.

Duo.

Al caso.

Amb.

El caso es que entré
en el cuarto que aun conservan
doña Damiana y su hija.
Reconociéronme ellas
al punto, y yo que iba ya
informado, con destreza
las hice hablar de la triste
situacion en que se encuentran.
Enferma doña Damiana,
segun creo á consecuencia
de un insulto que en un baile
recibió la pobre vieja;
perdidás las esperanzas
de encontrar su parentela;
sin poder pagar la fonda
ni poder salir de ella;
Cecilia llorando siempre
de don Enrique la ausencia,
pues envió por sus cuadros
y ha mudado de vivienda:
este es su estado. Yo entonces
les mostré la conveniencia
de salir de sus apuros,
y que si ellas se avinieran
yo les propondria un medio.
¿Cuál es? dicen. La Duquesa
mi señora, les respondo,
ha tiempo que hallar desea
una señorita honrada,
de educacion, para hacerla
solamente compañía,
vestirla... ¡Si, una doncella!
exclama doña Damiana;
pero Cecilia discreta
la dice que se halla pronta
á sacrificarse ella
por no ver á su mamá
en situacion tan extrema.
Yo las dije que las dos
podrian vivir en esta

casa, que la señora es
con todos amable y buena,
y al cabo las convencí:
y esperando estan ahí fuera.
DUQ. Bien, Ambrosio; de tu celo
y lealtad satisfecha
estoy. Haz que entren al punto.
Si don Enrique viniera,
avisa.

AMB. Está bien, señora.
(Aquí voy á hacer carrera.) (Váse.)

ESCENA II.

CECILIA, DOÑA DAMIANA, la CONDESA.

CECILIA. Señora...

DUQ. Acérquense ustedes...

(Á Cecilia.)

¿Es usted la que desea
venir desde hoy á mi casa?

CECILIA. Sí, señora.

DAM. (¡Qué vergüenza!)

Á este extremo nos reducen
de la suerte contingencias;
mas no nació para eso,
que es notoria su nobleza;
y si yo encuentro algun vástago
de mi hidalga parentela...

CECILIA. Deje usted eso, mamá.
Esta señora es muy buena,
segun nos ha dicho Ambrosio;
y no extrañará que vengan
á buscar su proteccion
dos mujeres que hoy se encuentran
solas en el mundo. Yo
serla muy útil quisiera;
dudo solo que al deseo
ayude la suficiencia.
Cosar, bordar, las labores
en que mi sexo se emplea
mé son familiares...

DUQ.

Basta
con que eso sepa, y no crea
nunca que yo he de humillarla:
su desgracia me interesa.
Solo hará usted á mi lado
alguna labor ligera...
¿Este prendido arreglarme
sabr  usted?

(Tomando un prendido que hay sobre el velador.)

CECILIA.

Si tal.

DUQ.

Pues ea,
pase usted á ese gabinete,
donde podr ...

CECILIA.

(Yo he oido esta

voz...)

DUQ.

Usted pregunte   Ambrosio,

(  Doña Damiana.)

que en la antesala se encuentra,
por su cuarto; all  cuidada
será, sin que nada tenga
que desear: las dos caben
en casa.

CECILIA.

 Oh! gracias.

DAM.

 No niega

esta señora que es noble!
Mas porque ella tambien vea
que no me he alabado en balde
de serlo yo, en esta mesa
dejo papeles que dan
fé de mi ilustre ascendencia.
Si en algun rato perdido
quiere verlos, quizá sepa,
por los apellidos, darme
indicios de una parienta
  quien busco...

CECILIA.

Mamá...

DAM.

Conque

DUQ.

beso la mano á vuecencia.
Deje usted el tratamiento.

DAM.

 Oh! pues si yo le tuviera
har  poner un rótulo
bien gordo sobre mi puerta,

para que no entrara en casa
nadie que no me le diera.

(Se dirige al foro.)

DUQ. Ahí dentro hallará usted todo... (A Cecilia.)

CECILIA. Señora...

DUQ. Tenga usted cuenta
si llamo...

CECILIA. Está bien... (Su voz
un recuerdo en mí despierta...)

(Entra en el gabinete de la izquierda.)

ESCENA III.

La DUQUESA.

El todo voy á jugar
por el todo... gane ó pierda!
Es forzoso: él la recuerda;
su amor no llega á olvidar.
Traerla fuera imprudencia
á poder luchar conmigo;
mas no puede, y si consigo
humillarla en su presencia...
Él es vanidoso, sí,
y al verla en tan pobre estado,
de su amor avergonzado
ha de olvidarla por mí.
Mi amor propio interesé
en esta lucha insensata;
hoy ó su desden me mata
ó esposa suya he de ser.
No ha de decirse en Madrid
que quien la moda ha fijado
en la corte, no ha logrado
vencer en tan pobre lid.
(Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA IV.

ENRIQUE y AMBROSIO por la puerta del foro. Despues por el mismo lado el CONDE y NARCISO.

ENR. ¿Está?

AMB. Para todos no.

ENR. Entonces...

AMB. (Con malicia.) Para usted, si.

ENR. ¿Cómo...

AMB. Espérela usted aqui:
que avisara me mandó.

(Viendo al Conde y á Narciso.)

Don Narciso y el señor

Conde de Casa-Sintejas,

(Apostaré las orejas

á que es él!

(Examinando con insistencia al Conde.)

NARC. (¡Hola! el pintor.

Si hoy de mi prima consigo

la mano...)

AMB. (Como antes.) (Esa cabezota...

Si, no hay duda, á la pelota

jugó cien veces conmigo.)

CONDE. (Que asi el respeto me pierda

mirándome este truhan...)

Vete... (Á Ambrosio.)

AMB. Se llamaba Juan... (Marchándose.)

y el mote... Ambrosio, recuerda...

ESCENA V.

DICHOS menos AMBROSIO.

NARC. Dios guarde al nuevo Velazquez.

CONDE. Enriquillo...

ENR. Hola, señores...

¿Qué hay de nuevo?

NARC. Poca cosa.

Una aventura del Conde.

CONDE. ¿Mia?

- NARC. Si tal.
- ENR. ¿Aventura?
- NARC. ¡Oh! y aventura de amores.
No conoce usted mayor calavera.
- CONDE. (¡Monigote!)
- NARC. Pues sabrá usted que á una niña muy bonita hizo la corte y se la llevó á las máscaras con su mamá la otra noche. ¡Cenó la madre por cuatro y pagó la cena el Conde; ella le llamaba primo!...
- CONDE. Don Narciso...
- NARC. ¡Lindo nombre!
Pero es lo mejor del caso, que tras pagar, y no á escote, se juntó tal parentela, gente toda ilustre y noble, que casi le mantearon: buen susto se llevó el pobre!
- CONDE. Ya me sospechaba yo que de usted venia el golpe.
- NARC. ¡Oh! no por cierto; yo estuve entre los espectadores. Usted tambien lo veria. (Á Enrique.)
- ENR. Si, cierto... (¡Dios me perdone si no cumplí cual debia en aquella triste noche!)
- CONDE. Pero don Narciso calla que ella por mí desprecióle.
- NARC. Eso no; yo abandonado habia esas relaciones.
- ENR. ¿Usted?... (Los celos me ahogan...) Pues cuándo... (Á Narciso.)
- CONDE. No te alborotes. (Riendo.)
Olvidaba que tambien tú...
- NARC. ¿Qué, el señor la conoce?
- ¡Ah... sí! (Recordando.)
- ENR. No por cierto; no la ví... (En un potro me ponen.)

- CONDE. Pues, Enrique, por mi vida,
¿cómo así la desconoces,
cuando tú también vivías
en aquella fonda, donde
yo con la madre emprimé;
y recuerdo bien que entonces
te enfadaste con la vieja,
porque dando á mis razones
crédito, mandó á la niña
que me abrazara...
- NARC. ¡Hola, Conde!
¿Y abrazó?
- CONDE. No quiso ella.
- NARC. ¡Ya!
- CONDE. Ni el señor.
- NARC. ¿Escocióle?
¿Luego tenía interés?
- ENR. Dejemos eso, señores.
- NARC. ¿No le gusta hablar del caso?
¿Pues algo hubo!
- CONDE. ¿Es que fui torpe!
Solo sospeché un momento
cuando ví á Cecilia entonces
defenderle con su madre...
- ENR. (¡Defenderme!... Y yo...)
- NARC. (Al Conde.) ¡Pues hombre!
bien clara se traducía
toda una historia de amores.
- CONDE. Conque eramos tres? ¡Caramba!
- NARC. Bien por la modesta jóven!
Y aun se hace la mojígata.
- ENR. ¡Don Narciso!
- NARC. ¡Eh! no se amosque!
No vale la pena...
- CONDE. Cierito.
Defiendes, nuevo Quijote, (Á Enrique)
menesterosas doncellas
por valles, selvas y montes?
- ENR. ¡Juan, que no tolero bromas!
- NARC. Bueno sería, señores,
que por una mocosuela
riñeramos aquí!... Pobre

- del que en completo ridículo
por tales cosas se pone,
ENR. (Tiene razon: voy á ser
la fábula de la córte
si me obstino...) Yo me enfado.
(Á ellos.)
solo porque se me tome
por diversion.
- CONDE. Nunca fué
mi intento...
- NARC. Ya se supone:
ni el mio... Ni él la defiende,
verdad!
- ENR. No... (Con embarazo.)
NARC. Que la conoce
y tuvo algun amorcillo
con ella? nada hay que asombre
en esto. En ese terreno
no somos competidores.
Quizá en otro...
- CONDE. ¿Cómo?
NARC. Si:
creo que á todos importe
la franqueza en este caso.
- CONDE. Hable usted.
NARC. Todos la corte
hacemos á la Duquesa;
esto lo verá el mas miope.
Por primo y por mas antiguo
tengo yo derechos dobles,
y ustedes se estan forjando
engañosas ilusiones
Si á casarse se decide...
ENR. No será usted el que logre
llevarla al altar.
- CONDE. Es claro.
Sus timbres con mis blasones
querrá ellá enlazar mejor.
Ella duquesa, yo conde.
- ENR. Ni tú tampoco.
CONDE. Serás
tú.

- ENR. Veremos.
- NARC. ¡Por Dios, hombre!
Usted la mereció acaso
deferencias, distinciones,
y por eso se imagina...
No conoce usted á los nobles.
- CONDE. Es verdad, por lo que veo,
Enrique, no nos conoces.
Todos somos de las artes
Mecenas y protectores,
cada cual siguiendo en ello
sus gustos é inclinaciones,
quién cena con los cantantes
quién con los toreros come...
La Duquesa es algo artista,
y protege á los pintores.
Esto es todo.
- NARC. Así lo creo.
- ENR. Bien: lo veremos.
- CONDE. Conformes.
- ENR. (¡Oh! ¡seré duque mañana,
aunque para serlo ahogue
dentro del alma, el recuerdo
de mis perdidos amores!)
- NARC. (Voy á ver si los alejo...)
¿No han visto ustedes, señores,
el jardín de este palacio?
- CONDE. No tal: ¿habrá muchas flores?
- NARC. ¿Flores? ¡qué mal gusto!... Hay zarzas,
y unas ruinas y un monte...
¡Todo á la inglesa, precioso!
Venga usted...
- CONDE. Luego...
- NARC. (Sacando el reloj.) Las doce
y media... tiempo tenemos,
mientras mi prima se pone
de veinticinco alfileres...
- CONDE. ¿Vienes tú? (Á Enrique.)
- NARC. ¡Oh! para pintores
está delicioso!
- ENR. Gracias:
aunque mala idea forme

usted de mí, no me agradan
las zarzas; sino las flores.
NARC. (¡Y se sienta!) (Se sienta.) No le nuevo
de aquí... ¡Phs! ¡me teme el pobre!
Volveré... Á ver si ahora pierdo
en el laberinto al Conde.
(Váse con el Conde por el foro izquierda.)

ESCENA VI.

La DUQUESA, ENRIQUE.

DUQ. (Ya le hice esperar bastante.)
¡Hola, muy tarde ha venido
usted hoy...
ENR. Me he detenido
con el ministro un instante.
DUQ. ¿Con el ministro? ¡Ah!... olvidaba...
¿Y le recibió...
ENR. Muy fino.
DUQ. Mas la plaza...
ENR. ¡Desatino!
para mí no se guardaba.
Ya está dado el nombramiento
á un hijo espúreo de Apeles,
que maneja los pinceles,
sin franqueza, sin talento.
De ver sus cuadros dá hipo:
ni puede ser, si me apura,
pintor de cámara... oscura;
esto es, de daguerreotipo.
¡Pintor de cámara el tal
mamarrachista!
DUQ. Despacio...
Tiene favor?
ENR. En Palacio,
parientes...
DUQ. Es natural.
El mundó, Enrique, es así:
no basta á veces querer
para llegar á obtener
lo que uno vale por sí.
Sin familia y posición

- poco se puede alcanzar
si no se logra encontrar
poderosa proteccion.
- ENR. Ni posicion ni familia
tengo. ¿Quién interesarse
querrá por mí, á no encontrarse
como yo?
- DUQ. (Esto es por Cecilia.)
¿En nadie pudo usted hallar
apoyo?
- ENR. Si; quizá un día...
- DUQ. Injusto, Enrique, seria
si lo llegase á olvidar.
Es una historia de ayer:
yo fui con usted al ministro,
y solo por tal registro
su cuadro logró vender.
Á interponer mi influencia
pintor de cámara fuera;
pero mi conducta diera
blanco á la maledicencia.
¿Es su hermano? ¿Es su pariente?
—No por cierto, no lo es.
—¿Pues cómo tanto interés...
murmuraria la gente.
- ENR. Es verdad.
- DUQ. Mi pobre ayuda
por eso á mas no extendí,
Estoy tan expuesta así,
Enrique, jóven y viuda!
Buscar el apoyo intento
de un hombre... poco me importa
que su fortuna sea corta:
corazon quiero y talento.
Yo en cambio le podré dar
posicion que al mundo asombre,
y al abrigo de mi nombre
todo lo podrá al canzar.
Tiempo ha que el Conde y Narciso
solicitan este enlace;
ninguno me satisface,
mas decidirme es preciso.

Si diera crédito yo
á indicios y simpatías...
Mas son ilusiones mías...

ENR.

DUQ.

(Por mí es esto.)
(Me entendió.)

Hoy término he de poner
á mi viudez importuna:
mi título y mi fortuna
para el mas digno han de ser.
Escribiré á mi notario
para que dentro de una hora
se encuentre aqui sin demora
con todo lo necesario.

ENR.

DUQ.

Mas sin eleccion, así...
Usted me aconsejará...
(Á la puerta del gabinete donde está Cecilia.)
¡Hola! ¿Quién traiga no habrá
una escribanía aqui?

CECILIA.

ENR.

(Dentro.) Voy, señora.
Mas no sé
si creer...

DUQ.

¿Que mas me explique?
¡Es usted un ingrato, Enrique!

ENR.

Duquesa, me enmendaré.
(La besa la mano al mismo tiempo que aparece Cecilia.)

ESCENA VII.

CECILIA, DICHS.

CECILIA. Señora, aqui está... ¡Ay de mí!
(Al ver que Enrique besa la mano á la Duquesa, deja Cecilia caer la escribanía que sacaba.)

DUQ.

Me ha manchado usted la alfombra;
tanta torpeza me asombra.

ENR.

DUQ.

CECILIA.

(¡Ella!)
Salga usted de aqui. (Á Cecilia.)
(¡Así mi amor ha vendido!
Esta es la máscara aquella.)

ENR.

DUQ.

Mas... (Á la Duquesa.)
No es nada: una doncella
que hoy en casa he recibido.

- ENR. ¡Doncella! (Turbado.)
DUQ. (Le dejó frío.)
ENR. Yo pensé...
DUQ. ¿Usted ha pensado
que yo me he desazonado?
Mil gracias, amigo mio.
CECILIA. (Ni aun me mira... ¡Qué crueldad!)
DUQ. (Darle tregua es necesario.)
Voy á escribir al notario.
(Á Enrique, haciendo al mismo tiempo á Cecilia con
ademan imperioso señal de que se aleje.)
CECILIA. ¡Ah! (Váse llorando.)
DUQ. (Venció su vanidad.) (Ap. al irse.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE.

Enrique, ¿qué es esto? Dí.
¿No era Cecilia tu amada?
¿Y has sufrido que humillada
fuera delante de tí?
Con mi antiguo amor por ella
y mi loca ambicion lucho
cuando á la Duquesa escucho
que era... que era su doncella!
Sufrió de mi amor agravios,
y sin hablar, sin quejarse,
y yo... Pero sentí helarse
las palabras en mis labios.
¡Es tan amante, tan pura
Cecilia!... Sé que pudiera,
si á ella ante el altar me uniera,
labrar mi eterna ventura...
Mas la Duquesa diria
á ese mundo en que hoy he entrado:
«¡Pobre Enrique, se ha casado
con una doncella mia!»

ESCENA IX.

* NARCISO, ENRIQUE.

- NARC. ¡Já, já!... (Entra riendo á carcajadas.)
ENR. (El primo... Si me voy queda la plaza por suya, y no habrá en Madrid mañana quien no sepa la aventura.)
- NARC. No se ha perdido usted poco con no venir...
- ENR. No me gustan los jardines á la inglesa.
- NARC. ¡Es que le he jugado una al Conde!... Hay un laberinto tal, que es necesaria mucha práctica para saber salir; tanta es su espesura. Entro en él al Conde; en medio hay un estanque ó laguna con peces; le acerco á ver aquella pesca menuda. Qué lindos; ¿eh? De colores, le digo, y hay una trucha. —¿Adónde?—Allí.—No la veo, no puede ser...—Pues no hay duda: mire usted bien, abra el ojo... Y entre tanto que él se ofusca y dice que no vé nada, yo me escondo entre unas murtas, y le grito: amigo Conde, en pescando usted la trucha avise usted por telégrama. Quiere correr en mi busca y en el césped se resbala, cae y en poco se desnucá. Yo, mientras él se levanta, ligero como una pluma y en el laberinto práctico, me escapo, y él queda en suma como toro, que encerrado

dá vueltas, pateo y bufo.
Vaya usted á verle y reirá.
Gracias.

ENR.

NARC.

(No le mueve una locomotora de aquí.
¡Diantre!)

ENR.

(¡Este necio me abruma!)

ESCENA X.

EL CONDE, DICHOS.

CONDE.

(Entrando muy sofocado.)

¡Amiguito, vaya un chiste!
¿Quiere usted una aleluya
por la gracia? Puede usted
despedir al ayo: ¡es mucha
precocidad!

NARC.

No se enfade...

Fué una broma...

CONDE.

¡Inoportuna!

De aquellas estrechas sendas
perdido por la espesura,
dí vueltas, hasta que al fin...

NARC.

Pues tuvo usted la fortuna
de encontrar con la salida,
por casualidad sin duda,
que si no... ¡Ah! se me olvidaba:
¿logró usted coger la trucha?

CONDE.

Si, no fué mala entruçada...

(Haciendo ademán de caer.)

NARC.

¡Ya lo ví: liebre, y mayúscula!

ESCENA XX.

La DUQUESA, DICHOS.

DUQ.

(Saliendo con un papel en la mano.)

La carta escribí al notario:
mandaré al punto con ella...

NARC.

Señores... (Saludando.)

Mi prima bella

- necesita un secretario?
- CONDE. ¿Uno? Hasta tres tiene aquí.
- DUQ. ¿Tres? Casi los del Congreso.
Tantos ya fuera un exceso.
basta uno.
- NARC. (Contoneándose.) ¿Verdad que sí?
- CONDE. Pues puede usted escoger...
- NARC. Para secretos, prometo...
- CONDE. ¿Pues y yo? Soy tan secreto...
- ENR. (Qué cara van á poner.)
- DUQ. Gracias por tanto favor;
mas el pliego escrito está:
secretario sobra ya;
correo será mejor.
- NARC. ¿Correo? el Conde, que es listo,
como que ha cogido ahí fuera
una liebre á la carrera..
¡Prima, si le hubieras visto!
- CONDE. ¡Qué gracia!
- DUQ. No es menester...
Ambrosio irá en un instante,
que es asunto interesante
- CONDE. Y ¿no podremos saber...
- DUQ. ¿Por qué no? Si pronto acaso
todo Madrid lo sabrá...
- NARC. ¿Todo Madrid?
- CONDE. ¿Qué será?
- DUQ. No adivinan? Pues... me caso.
- NARC. ¡Hola!
- CONDE. ¿Y quién es el dichoso?
- DUQ. ¡Oh! quizá me escucha ahora.
(El Conde y Narciso se vuelven involuntariamente á
mirar á Enrique.)
- ENR. (Me miran.)
- NARC. Prima... (Con recelo.)
- CONDE. (Lo mismo.) Señora.
(Ap. Narciso.)
Creo que hacemos el oso.

ESCENA XII.

CECILIA, DOÑA DAMIANA, AMBROSIO, DICHOS.

Ambrosio aparece en la puerta del foro tratando de impedir la entrada á Doña Damiana. Cecilia quiere llevarse á su madre.

CECILIA. Mamá...

DAM. Digo que he de entrar.

AMB. No se puede entrar ahora:
avisaré á la señora...

DAM. Pues qué, ¿no he de recobrar
las pruebas de mis blasones
que dejé...

AMB. Pasar no quiera...

DAM. Aunque el paso defendiera
otro Suero de Quiñones.

(Empujando á Ambrosio y entrando.)

DUQ. ¿Qué ruido es ese?

AMB. Yo... si...

DUQ. (¡Otra vez la advenediza!...)

CONDE. ¡Calla! ¿es mi prima postiza!

NARC. La niña del baile aquí...

CECILIA. Prudencia, mamá, por Dios,
que nunca aquí entrar debimos.

DAM. Mis papeles, y salimos.

DUQ. ¿Qué buscan aquí las dos?

NARC. Yo lo diré. Es parentela
del Conde. (Así le echo á pique.)

CONDE. ¡Es falso!

CECILIA. (¡Y está aquí Enrique!)

NARC. Pues qué ¿no es prima?

CONDE. Ni abuela.

Agradezco la intencion.

Pero muy bien sabe que

vendrá acaso por usted.

CECILIA. ¡Dios mio, qué humillacion!]

DUQ. No hay que disputar en vano:

veo que ninguno acierta.

(Á Enrique en voz baja.)

Póngala usted á la puerta,

- ENR. Enrique, y esta es mi mano.
DUQ. ¿Yo? (Lo mismo.)
(Bien: es mucho exigir:
yo lo haré...) Esta niña bella...
ENR. (¡Vá á decir que es su doncella!)
DUQ. Ha hecho muy bien en venir;
que nunca yo acostumbré
á quien mi casa pisó
dejarle ir sin...
(Echando mano al bolsillo.)
DAM. ¿Qué dice?
CECILIA. ¡Oh!
ENR. Señora, yo acabaré.
(Interponiéndose y cortando la palabra á la Duquesa.)
Iba usted diciendo ahora
que aunque ha poco conocia
á esta jóven, no queria
dejarla ir... ¿verdad, señora?
sin una prueba...
DUQ. Es verdad.
(Triunfé: él mismo...)
ENR. (Ap. á la Duquesa.) ¿Su salario,
no es eso?
DUQ. (En alta voz.) Si; es necesario
pagarla...
ENR. ¡Cuánta bondad!
¿La visita? ¡Por mi vida!
tiempo habrá... Y tantos favores
no son nada mas, señores,
que... porque es mi prometida.
(Con dignidad, cogiendo de la mano á Cecilia.)
TODOS. ¿Qué? (Con asombro.)
ENR. Mi prometida, si;
con quien me voy á casar.
(Abrazando á Doña Damiana.)
Mi madre á quien han de honrar
todos tanto como á mí.
CECILIA. ¡Enrique!
ENR. Tu afan prolijo
cese...
DAM. ¡Mas no pudo hacer!

- ¡Noble jóven! con placer!
le daré el nombre de hijo.
- DUQ. (Siento á mi rostro subir
mi despecho y mi rubor,
mas si nuestro mi furor
daré á todos que reír.
- CONDE. ¡Qué maraña!
- NARC. ¿Quién creyera...
- DUQ. Doy á usted mi parabien
(Á Enrique con ironia.)
por la eleccion!
- NARC. Yo tambien.
- CONDE. Y yo...
- ENR. Elegí de manera
que plácemes sin temor
puedo admitir, pues la adoro,
y es de virtud un tesoro
y es un tesoro de amor.
- DUQ. Es cierto; yo todavia
aun decidida no estoy.
- CONDE. ¿Y por qué cuando yo soy...
Conoce usted mi hidalguia:
nadie habrá que dudar pueda...
- AMB. (Si del mote me acordara...)
(Que durante esta esta escena ha venido á colocarse
detrás del Conde, al que no pierde de vista.)
- CONDE. Es de nobleza preclara
(Pavoneándose.)
el blason de Cereceda.
- AMB. ¡Ya le tengo!... ¡Cerecillo!
- CONDE. ¿Quién me llama?
(Volviéndose involuntariamente)
- AMB. (Con familiaridad.) ¡Voto á San!
Ambrosio, acuérdate, Juan,
con quien fuiste monaguillo.
Te conocí en la cabeza,
Juan...
- CONDE. Es error... (Queriendo desentenderse.)
- AMB. ¡No hay error!
Alias *Cerecillo*, por
hijo de la tia Cereza.
- DUQ. ¿Qué es esto?

CONDE. (Turbado.) No sé, un ardid...
un error... Que diga Enrique...

ENR. Todo es cierto.

CONDE. (Fuíme á pique.)
Vuelvo... (No paro en Madrid.)
(Váse y Ambrosio tras él.)

ESCENA ÚLTIMA.

CECILIA, la DUQUESA, DOÑA DAMIANA, ENRIQUE, NARCISO.

NARC. ¡Já!... ¡Já!... ¡Vaya un badulaque!
Y ahora supongo, primita,
que nadie habrá que compita
con un pollo de este empaque.

ENR. No sé si aqui estaba bien
(Con intencion á la Duquesa.)
dar á usted el parabien.

DUQ. (¡Y yo devoro este ultraje!)
pues qué, ¿pudo usted pensar...
Puse las miras mas altas...
Narciso... (Llamándole.)

NARC. (¿Yo suple faltas?
Chasco te vas á llevar.)

DUQ. Tú sabrás bien, es seguro,
adivinar mi eleccion.

NARC. ¿Yo? No: fuera indiscrecion...
Ya veré al primo futuro.

DUQ. Y yo tambien si algun dia...
Mas no me tienta el demonio
aun; para el matrimonio
soy muy pollo todavia.

DUQ. (¡Necio!) Bien, si, ya sabrás...
(Disimulando.)

ya mi eleccion te diré...
Nunca me rebajaré
como otros... (Mirando á Enrique.)

DAM. ¡No aguanto mas!

Si lo dice, como creo,
por nosotras, aqui estan
mis pruebas; ellas dirán...

(Enseñando sus papeles, que ha recogido de la mesa
donde los dejó. Narciso se los toma de la mano.)

- NARC. Á ver, á ver... ¡Oh! ¿qué leo?
Pues como el papel no mienta...
Si, si... No es presunción vana...
Esta niña, aunque lejana,
Duquesa, es nuestra parienta.
- DAM. ¡La que yo busqué hasta ahora!
- DUQ. ¿Parienta? Tengo un placer...
Si de algo puedo valer...
- DAM. ¡Oh! muchas gracias, señora. (Con despego.)
- CECILIA. Al ver perdido su amor (Por Enrique.)
me hubiera muerto el pesar:
amante le vuelvó á hallar;
no aspiro á dicha mayor.
- ENR. Ya nunca verás, bien mío,
que de tí errores me alejan:
corrí tras sueños que dejan
siempre en el alma un vacío.
La vanidad me impelia
en su loco torbellino,
ocultándome el camino
que á mi dicha conducia.
¿Qué mucho, si no hay tal vez
quien con lágrimas y duelo
no rinda culto en el suelo
á esa que con altivez
le paga y desden profundo,
á esa tirana deidad
que se llama vanidad
y es hoy la reina del mundo?

FIN DE LA COMEDIA.

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo
inconveniente en que su representacion sea auto-
rizada.*

Madrid 6 de Setiembre de 1862.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

EL AMOR Y EL AMOR PROPIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL DE DON
JOSÉ MARIA DE LARREA.

Versos que se varian al final de la obra.

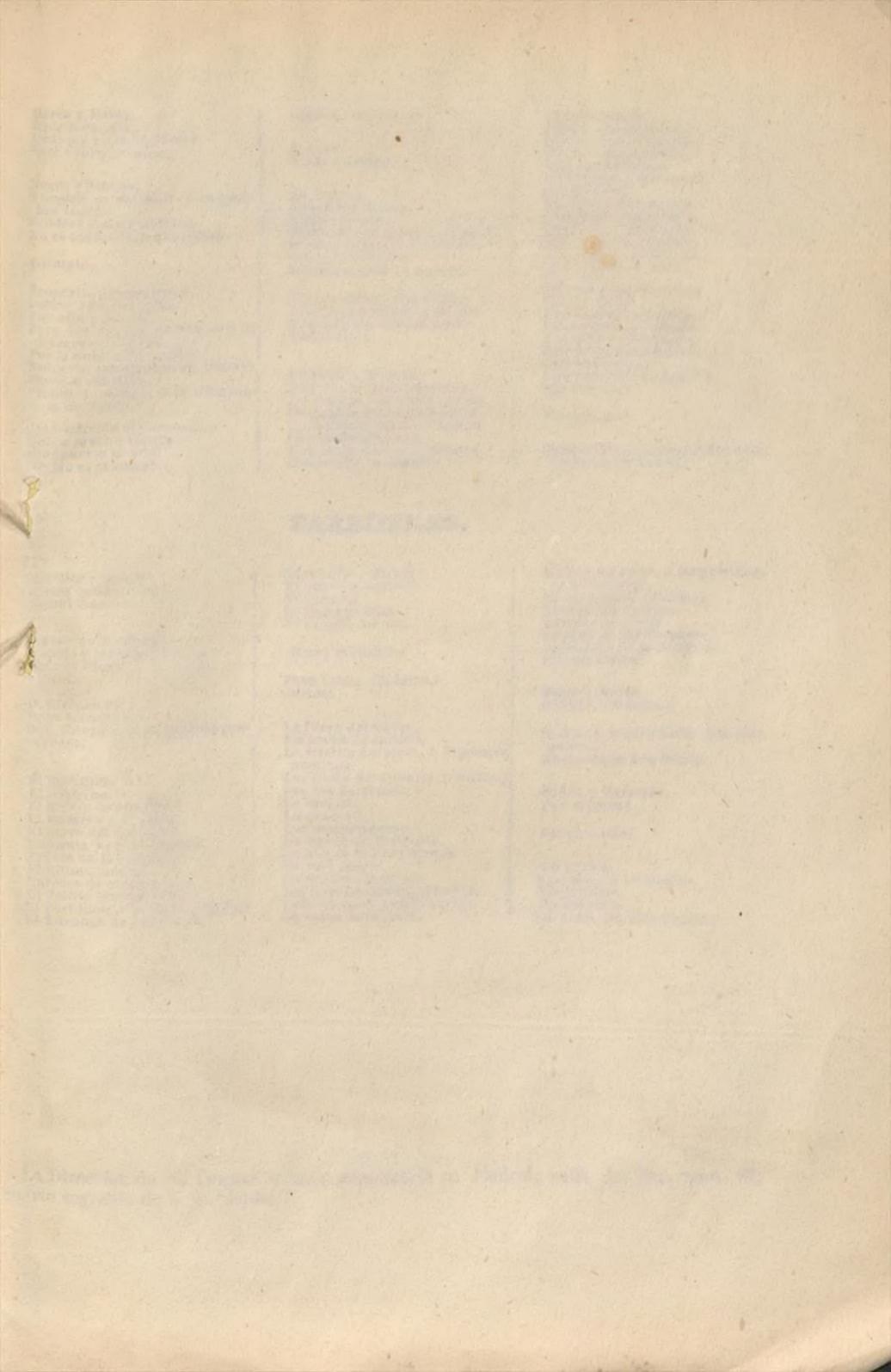
La vanidad me impelia
en su loco torbellino,
ocultándome el camino
que á mí dicha conducia.
Mas ya puedes sin temor
en mi cariño fiar,
que no volveré á arriesgar
por mi amor propio tu amor!

Este título y variacion corresponde á la comedia
que con el título de *La reina del mundo* fué aprobada
en 6 de Setiembre.

*No hallo inconveniente alguno en la adición
de estos versos.*

Madrid 16 de Noviembre de 1862.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.



18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150

151
152

Marta y María.
Madrid en 1818.
Madrid a vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hom-
bre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á río revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados Veniales.
Premio y castigo, ó la conquista
de Ronda.

¿Que convidó al Coronel...
Quien mucho abarca.
¿Qué suerte la mía!
¿Quién es el autor?

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley,
A cual mas feo.

Clavulina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céiro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
veedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El caletero y la moza.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El león en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico).
El Postillon de la Rioja (Música)
El Vizconde de Letorieres.

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salvo el honor.
Santo y pecador.
San Isidro (Patron de Madrid.)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuración femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte:
Una lección reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato águemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una menta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una lección de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una lección de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fmo.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicidal!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

El mundo é escape.
El capitán español.
El correta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diabolo.

Juan Lanas. (Música.)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (Música.)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estalua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (Música)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (Música.)

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
cuarto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.]	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem].....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered. de Andrión.
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo.	Tejada.	San Fernando.....	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...]	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijón.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.]
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Ósorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.